

LA BRUJA DE LA COLINA ROJA

CLARK CARRADOS

La sierra continuaba su lento descenso, a la vez que giraba a miles de revoluciones por minuto. Con los pelos literalmente de punta, se dio cuenta de que su cuerpo iba a ser cortado por la mitad.

—No, no… —balbució—. Déjeme libre… Usted… Charlotte no tenía ningún pariente…

—Te equivocas. Tenía un familiar. ¿Quieres saber quién era?

De pronto, se arrancó la piel de la cara.

Vio una descarnada calavera. En un instante, comprendió el sentido de las palabras de aquella mujer.

—Tú eres…

—Sí, la Muerte —confirmó ella.

Y un instante después, los dientes de la sierra mordieron su cuerpo.



Clark Carrados

La Bruja de la Colina Roja

Bolsilibros: Selección Terror - 88

ePub r1.0
Titivillus 08.05.15

Título original: *La Bruja de la Colina Roja*
Clark Carrados, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Los dos chicos estaban apoyados negligentemente en la pared, cuando la anciana se detuvo frente a ellos y les miró con fijeza.

—Jovencitos —dijo la mujer—, si están pensando en atracar el Banco del otro lado de la calle, será mejor que lo dejen. La muerte les espera caso de que intenten un disparate semejante.

Los muchachos respingaron. Vestían descuidadamente, aunque no con ropas sucias, y debajo de sus respectivas chaquetas llevaban sendos revólveres calibre 38, que se habían agenciado especialmente para la ocasión.

La anciana, que hubiera podido parecer más alta, de no verse obligada a ir encorvada por causa de los años, vestía pulcramente: traje negro, cuello y puños blancos y se apoyaba en un bastón con empuñadura de marfil. Sobre el pecho llevaba un camafeo de aparente valor. Sus cabellos todavía muy abundantes y peinados con gran cuidado, eran tan blancos como el cuello de encaje que adornaba la parte superior de su vestido.

—Os conozco muy bien, chicos —continuó la anciana—. Tú te llamas Roy Grays, hijo de Pete; y tú eres el hijo de Ray Heare. Tu nombre es Chuckie, si no me equivoco, y creo que no. Conque a robar el Banco, ¿eh?

La anciana soltó una risita. Roy se sintió indignado.

—Vieja bruja —mascculló, a la vez que daba un paso hacia ella.

Chuckie le sujetó por un brazo.

—Déjala. ¿No ves que está chiflada? Es la loca de la casa de la Colina Roja…, aunque algunos dicen que es una bruja de veras —manifestó.

—Para saber lo que van a hacer dos idiotas, no se precisan artes de brujería —contestó la anciana, sin dejar de reír de modo estremecedor—. Bueno, que el viaje hasta el reino de Satán os sea leve, tontos.

Alguien oyó aquellas palabras a muy pocos pasos de distancia y sintió una gran perplejidad al enterarse del contenido de la breve conversación. Pero la anciana continuaba ya su camino.

—Esa vieja bruja —repitió Roy.

A cinco metros de distancia, había un enorme Rolls, antiguo de veinte años, con los costados pintados de amarillo. Un gigantesco chófer negro saltó del asiento delantero al ver llegar a la anciana y abrió respetuosamente la puerta correspondiente.

Roy y Chuckie se sentían estupefactos. La anciana entró en el coche y se acomodó en su asiento. Pero antes de que el coche arrancase, ella bajó el cristal de la ventanilla y sacó la cabeza para mirar a los dos atónitos muchachos.

Lo que Roy y Chuckie vieron no fue el rostro arrugado y hasta amable de una anciana de porte distinguido. En lugar de la cara, sólo se veían los huesos descarnados de una calavera, cuyos dientes reían en una burla macabra.

Paula Gordon también lo vio y creyó que se desmayaba. ¿Era posible, se preguntó, que tales cosas sucedieran a plena luz del día, no más allá de las diez de la mañana?

El Rolls arrancó y se perdió de vista hacia la salida de la población. Roy Grays lanzó una maldición a media voz.

—Pero ¿cómo diablos habrá sabido…? Chuckie, ¿has visto tú lo que yo he visto?

Chuckie movió la cabeza.

—No lo sé, Roy, pero por si acaso, creo que deberíamos dejar…

—¡No! Todo está planeado para ahora, para dentro de pocos minutos. —Heare consultó la hora —. Dos minutos, exactamente. Bob está ya a punto de llegar con el coche.

Paula Gordon seguía oyéndolo todo. Así pues, no se trataba de la broma de una vieja chiflada, a la que algunos calificaban de bruja. Claro que si aquella anciana era una bruja, resultaba preciso convenir que se había modernizado bastante. En lugar de la clásica escoba, utilizaba Rolls como medio de transporte.

Roy dio un codazo a su amigo.

—Chuckie, es la hora —indicó.

—¡Ay! —Fue todo lo que dijo el otro, con el ánimo invadido por un negro pesimismo.

Paula Gordon decidió avisar a la policía.

Roy y Chuckie cruzaron la calle. Apenas un minuto antes, dos sujetos, elegantemente vestidos, habían entrado en el Banco. Roy los había visto, pero estimó que se trataba de dos clientes.

Bob Daniel asomaba ya por la esquina, con su potente deportivo rojo a marcha moderada. Vio a los dos muchachos que cruzaban la calle y redujo todavía más la velocidad de su automóvil.

Roy y Chuckie cruzaron la acera. Al entrar en el Banco, sacaron sus revólveres.

—¡Que nadie se mueva! —gritó el primero—. ¡Esto es…!

Pero no pudo decir más. Demasiado tarde vio que ya otros habían tenido la misma idea que ellos y se les habían anticipado.

Aquellos dos sujetos de aspecto elegante no eran clientes, sino atracadores, que estaban desvalijando el Banco. Oyeron la voz de Roy y se volvieron en el acto.

Eran individuos duros, curtidos, experimentados. Vieron a dos hombres, aunque realmente eran muchachos, y pensaron que podrían ser detectives de paisano, con ropas corrientes para despistar. Sin pensárselo dos veces, abrieron el fuego con sus pesadas automáticas del 45.

Roy y Chuckie no tuvieron ninguna opción. Los tremendos proyectiles de calibre 45 abrieron anchas brechas en sus cuerpos. Una empleada vio que la tapa del cráneo de Chuckie saltaba en pedazos por los aires y chilló espeluznada un segundo, antes de caer desvanecida bajo su mesa de trabajo.

Los atracadores escaparon a la carrera. Las detonaciones habían hecho un ruido enorme. Ni siquiera habían tenido tiempo de que el cajero les llenase la bolsa de lona que habían llevado a prevención.

Salieron a la calle. La gente miraba hacia el Banco.

En el deportivo rojo, Bob Daniel miraba a la puerta, aturdido, sin saber qué hacer. Chuckie y Roy le habían asegurado que todo sería muy fácil, que no habría tiros, ni sangre…

De repente, uno de los atracadores saltó hacia él.

—¡Fuera, tú! —rugió.

Bob intentó resistirse. Su padre le había regalado el coche hacía poco y no quería que unos forajidos se lo llevasen. En aquellos momentos, había olvidado ya el atraco planeado.

—Yo no…

Fue todo lo que dijo. A medio metro de distancia, la pistola del atracador vomitó dos llamaradas. Con la cara deshecha, Bob dio un salto convulsivo, se irguió un par de palmos y cayó pesadamente hacia atrás.

El pistolero abrió la portezuela, tiró de aquel cuerpo inerte y lo lanzó sobre la acera. Su compinche había saltado ya al asiento contiguo.

—¡Acelera! —aulló.

Ya habían dejado tres muertos detrás de ellos. También habían pensado en que el asalto resultaría fácil, pero no se les había ocurrido la idea de que otros también habían concebido unos pensamientos muy parecidos.

El coche arrancó. En aquel momento, llegó, rugiente, aullante, un coche de la policía, surgiendo de una calle transversal.

Sonaron más disparos. El parabrisas del deportivo voló en mil pedazos. Los atracadores quedaron hechos dos sangrientos ovillos en el suelo del vehículo.

Un policía resultó herido. Sonaron sirenas de ambulancias. Poco a poco, la población volvió a la normalidad.

Paula Gordon declaró a la policía lo que había oído, aunque no todo lo que había visto. No se atrevió a decir que había contemplado la transformación del rostro de una anciana agradable, aunque gruñona, en una horrenda calavera.

Porque, ¿estaba segura de no haber sufrido una alucinación?

* * *

Aquella noche, sonó el teléfono sucesivamente en tres casas distintas. En aquellos tres hogares, reinaba el luto y la desolación.

El primero en recibir la llamada fue Peter Grays.

—Señor Grays.

—Sí. Yo mismo. ¿Qué desea, señora?

Grays oyó una lejana carcajada. Sentía un furor terrible, mucho más que dolor, por lo ocurrido aquella misma mañana. Él, como Heare, como Grimms, se sentía anonadado por las muertes de los muchachos, pero más todavía por el hecho de que alguien se hubiera atrevido a acusarlos de ladrones de Bancos.

—Señora —dijo ásperamente—, sea usted quien sea, no son momentos para burlarse de un padre que ha perdido…

—Has perdido a un hijo tonto, Pete —cortó la mujer—. Y yo sabía lo que iba a suceder y hasta se lo advertí, pero ni él ni Chuckie quisieron hacerme caso. En cierto modo, ellos no tenían la culpa de lo que tú y vuestra pandilla hicisteis con Charlotte Sutts hace diez años. ¿Lo recuerdas, Pete?

Grays lanzó una horrible maldición.

—Charlotte Sutts murió de una manera horrible, pero ahora ha llegado la hora de que alguien vengue aquella muerte —siguió la desconocida—. No creas que he empezado por tu hijo, aunque, ¿qué otra cosa podía hacer el fruto nacido de un forajido y una ramera?

—¡Váyase al diablo, señora! —aulló Grays, ebrio de ira.

Sonó otra ruidosa carcajada.

—Ha llegado la hora de que Charlotte Sutts sea vengada —exclamó la desconocida.

El teléfono de Grays volvió violentamente a su horquilla. Al otro lado, en una sala, su esposa, atendida por un par de amigas, sollozaba desconsoladamente.

Grays crispó los puños con gesto lleno de furia.

—Charlotte Sutts —masculló—. Pero ¿quién se acuerda ahora de aquella prójima?

CAPÍTULO II

Atardecía ya cuando el caminante llegó a lo alto de la colina, a menos de cien pasos del caserón que se alzaba entre los robles y los olmos que abundaban en aquel lugar. Desde la altura, Boris Shard contempló la pequeña ciudad que se extendía a unos seiscientos metros de distancia.

Era más bien una aldea, con un sector moderno de escasas dimensiones. Shard había oído hablar de Kathsonville y sabía que era una especie de suburbio de la gran ciudad, situada a veinte kilómetros al nordeste y cuyas primeras luces eran ya visibles en lontananza.

La casa era muy antigua, de piedra oscurecida por el tiempo, con tejado de pizarra, muy inclinado en sus dos vertientes. Tenía planta y primer piso. Por el tejado sobresalían las aberturas de un par de buhardillas.

Era un lugar magnífico, se dijo. Algunos árboles amarilleaban ya. Podría obtener provecho para sus bocetos, que luego desarrollaría en su estudio, en las largas tardes invernales.

«Si tuviera dinero, compraría la casa y me quedaría a vivir aquí», se dijo. El que poseía, estimaba, no era suficiente para comprar aquella propiedad y, además, primero habría que ver si el dueño quería vender.

De pronto oyó una voz femenina en lo alto de una de las ventanas.

—¡Joven! ¡Eh, muchacho, venga acá!

Shard respingó. Asomada a una de las ventanas del primer piso, una mujer de cabellos blancos le hacía señales con un bastón.

Shard dio unos cuantos pasos. Instantes después, vio que se abría la puerta de la casa. Un hombre alto, hercúleo, de rostro de ébano, se dirigió hacia él.

A Shard le recordó uno de aquellos esclavos nubios de la antigüedad, cuya piel era de un negro absoluto. No obstante, encontró cierta regularidad en sus facciones, por otra parte inexpresivas.

—Señor, soy Jadkins —se presentó—. La señora le ruega acepte la invitación para cenar en su compañía.

Shard se asombró de oír aquellas palabras.

—¿Se refiere a la dueña de la casa? —preguntó.

—La señora Covington, en efecto. Por aquí, señor, tenga la bondad.

Shard caminó detrás del individuo, que estimó como mayordomo de la mujer que le invitaba de modo tan sorprendente. Entró en la casa y apreció el estilo anticuado, pero discreto, de los muebles y la decoración.

Una mujer de pelo blanco, apoyada en un bastón, apareció ante sus ojos.

—Soy Flavia Covington —dijo.

—Boris Shard, señora —contestó el viajero, a la vez que se inclinaba profundamente—. Encantado y agradecido de su invitación…

Flavia soltó una risita.

—Gracias, pero antes libérese de la carga que lleva a su espalda —sugirió.

—Si el señor me lo permite —dijo Jadkins.

Shard le entregó la mochila. Se sintió un poco incómodo al verse observado por Flavia con todo detenimiento.

—Usted es artista, no me diga más —exclamó ella de pronto.

—Su perspicacia es asombrosa, señora Covington —sonrió Shard—. Pinto y dibujo, lo primero, para ser famoso un día; lo segundo, para ganarme la vida mientras tanto. Pero no me esfuerzo tampoco demasiado; no vale la pena pasarse el día amarrado a un tablero de dibujo. De vez en cuando, conviene viajar y conocer mundo.

—A pie.

—Lo prefiero a otro medio de transporte, señora.

Ella le miró arrobada.

—Querría, de repente, tener cuarenta años menos. Me iría con usted, joven, créame —dijo con cierta vehemencia.

—¡Señora! —Se asombró Shard.

—¿Qué, le extraña? Joven, ha de saber que hace cuarenta años yo era muy bella. Y bastante alocada, por supuesto. Entonces no era como ahora, claro, y tampoco surgió la ocasión, pero si se hubiese presentado, la habría aprovechado sin vacilar, sin importarme lo que hubieran dicho la familia, las amistades… Pero le estoy cansando demasiado y supongo que deseará asearse un poco antes de cenar, ¿no es así?

—Señora Covington, su amabilidad me hace sentirme abrumado y empequeñecido. ¿Por qué se siente tan generosa con un desconocido?

Ella suspiró hondamente.

—Quizá porque usted representa, en masculino, claro, lo que yo no he podido tener: libertad y audacia suficientes para viajar por el mundo, sin importarme lo que dijeran o pensaran los demás. Ande, venga, le enseñaré su habitación; la cena estará lista dentro de media hora.

* * *

Shard fue puntual, aunque se excusó delante de su anfitriona por no haberse cambiado de ropas.

—Sólo uso lo puesto, salvo la ropa interior, claro está —dijo, mientras saboreaba un exquisito vino blanco con el que acompañaba al pescado, deliciosamente guisado en una salsa sabrosa como nunca la había probado—. Realmente, en este comedor, debo parecer algo así como una palada de carbón sobre la nieve.

El comedor era una pieza realmente lujosa. La mesa espejeaba, reflejando las luces de los dos candelabros de plata que alumbraban la estancia. Jadkins, hierático, impasible, servía con rapidez y destreza.

—Usted es el toque de contraste que, quizá, necesitaba esta casa —dijo Flavia—. Y mientras usted se aseaba en su habitación, yo he estado pensando en pedirle una cosa.

—Si está en mi mano, señora…

—Creo que sí, a menos que me haya mentido sobre sus habilidades pictóricas. Señor Shard, ¿se atrevería usted a pintar mi retrato?

Shard se sobresaltó ligeramente. No había esperado una petición semejante y durante unos segundos dudó en la respuesta.

—Bien —dijo al cabo, cauteloso—, mi especialidad son los paisajes, aunque también podría hacer un retrato. Sin embargo, no estoy seguro del resultado final.

—¿Por qué no hacemos una prueba? Mañana, por supuesto; un simple boceto, me parece, nos daría a ambos la medida de sus posibilidades en este aspecto de la pintura.

—No tengo ningún inconveniente, señora.

Flavia palmoteó entusiasmada, como una chiquilla.

—Resultará un retrato fantástico, estoy segura de ello. Usted tiene que ser un buen pintor a la fuerza, señor Shard —exclamó alborozadamente.

—Creo que me sobrevalora, señora, pero me permitirá que le pida un favor.

—Concedido —dijo la anciana.

—Llámeme por mi nombre, señora. Usted es…, bueno, puede hacerlo, se lo aseguro.

Ella le miró con picardía.

—Iba a decir que tengo los años suficientes para ser su madre… o su abuela, es decir, soy una vieja, lo cual no deja de apreciarse a simple vista, por otra parte. Está bien, le llamaré por su nombre… Boris, de origen ruso, creo.

—Lo era mi abuela y ella insistió en que se me pusiera el nombre de su padre. A mi madre no le disgustó —sonrió Shard.

—Es un nombre que a mí también me gusta, Boris. ¿Cuántos años tiene usted, si no es indiscreción?

—Veintinueve, señora Covington.

Flavia contó con los dedos.

—Sí, podría ser la abuela de usted, Boris. Yo ando rondando ya los setenta. Y no me diga que no lo parece, porque le tiraré una copa a la cabeza —exclamó jovialmente.

Shard rió discretamente.

—Correré ese riesgo, señora —dijo—. No se puede negar que ha llegado a la ancianidad, pero su aspecto es magnífico. ¿Qué color tenía su pelo, antes de adquirir esa hermosa blancura?

—Negro, como la tinta, como…

Flavia se volvió de pronto hacia el impasible criado.

—Jadkins, perdóname lo que iba a decir. Tengo la lengua demasiado larga en ocasiones y la presencia de este muchacho me hace sentirme con algunos años menos —dijo.

Jadkins se inclinó.

—No hay nada que perdonar, señora —contestó respetuosamente.

—Sí, mi pelo era negro como el carbón, largo, sedoso… como el de mi pobre nieta Charlotte —añadió Flavia—. ¿Quiere ver su retrato?

Shard se limpió los labios con la servilleta. Jadkins empezó a retirar el servicio.

—Será un placer, señora —contestó.

Flavia se puso en pie. Entonces, Shard se dio cuenta que se dirigía a un trozo de pared, oculto por unas cortinas rojas. Ella tiró del cordón y un gran cuadro, con la figura de tamaño natural, apareció ante sus ojos.

La persona retratada era una muchacha de unos veinte o veintidós años, vestida con traje largo, de color rosado, sobre un fondo de cortinas violáceas. A Shard no le pareció acertada la

combinación de colores: el vestido hubiera debido ser blanco o de color crema, pero, en todo caso, el artista había sabido manejar los pinceles con habilidad.

—Charlotte era guapísima —dijo Flavia.

—Ha dicho era —murmuró Shard.

—Sí. Murió hace unos diez años, de una forma horrible… Pero será mejor que no hablemos de temas tan desagradables. ¿Qué le parece el cuadro?

Shard estaba inclinado hacia adelante. Su curiosidad profesional le llevaba a indagar el nombre del artista por su firma. Con gran sorpresa, halló que conocía al pintor, pero todavía captó un detalle que causó mayor asombro en su ánimo.

—¿No me contesta, Boris? —dijo la dama.

Shard se irguió.

—Debo serle sincero, señora —manifestó.

—Lo espero, Boris.

—Bien, hay un fallo en el cuadro. El color del vestido debería contrastar algo más con el fondo de cortinas. Una tela blanca, quizá de color crema muy suave, habría resultado mucho más atractivo, más contrastante. Por lo demás, y aunque no conocí a su nieta, estimo que la fidelidad de reproducción de sus facciones está muy bien lograda.

—Otro rato le enseñaré una fotografía de Charlotte —dijo Flavia—. Siga, siga, su crítica resulta sumamente instructiva.

—Poco hay que decir más —sonrió el huésped—. Los pliegues de los cortinajes están muy bien logrados. Aunque yo, quizá, hubiera puesto una ventana al fondo, con un paisaje iluminado por el sol de media tarde, para acentuar los claroscuros.

Flavia entornó los ojos.

—Es más entendido de lo que creía —comentó—. Gracias por sus observaciones, Boris.

—Sentiría haberla disgustado, señora Covington.

—Todo lo contrario, he recibido un gran placer al oírle, Boris. Lástima que no estuviera usted entonces para pintar a la pobre Charlotte. Aunque, claro, entonces tenía diecinueve años…

Shard ocultó la sorpresa que sentía al oír aquellas palabras.

¿Por qué decía Flavia una mentira patente?, se preguntó. La fecha del cuadro estaba bien clara; había sido pintado tres años antes. Probablemente, tomando como modelo alguna fotografía de la chica muerta. Pero ¿por qué tenía que sugerir la anciana que el retrato había sido pintado hacía diez años?

—Es tarde ya —dijo Flavia de pronto—. Boris, tiene que perdonarme, pero hay cuarenta años largos de diferencia entre los dos.

—Señora…

—Ah, antes de que me vaya, deseo hacerle una advertencia.

—Sí, señora Covington.

—Hay algunas habitaciones en las que no me gusta entre nadie sin mi permiso. Están cerradas con llave, por supuesto, pero… Usted ya me comprende, soy una vieja rara, con manías…

Shard rió cortésmente.

—¡Qué ganas tiene de tirar piedras a su propio tejado, señora! —exclamó.

—No, no, es la verdad. Los años, los achaques… Esto es algo que no perdona, ya lo verá usted cuando llegue a viejo. Y ojalá no le suceda lo que me sucede a mí. Es algo tan… desagradable… tan horrible…

—¿Grave?

—¿Sabe cómo me llaman en esa aldea poblada por gente ruin y sin conciencia? La Bruja de la Casa de la Colina Roja. ¡Yo, una bruja! Están locos, todos locos de atar…

Flavia cortó de pronto su vehemente discurso. Avergonzada, bajó los ojos.

—Perdóneme, Boris, me he dejado llevar por los nervios —manifestó más calmada—. Jadkins, tu brazo.

El criado aguardaba a un par de pasos, con impasibilidad de costumbre. Flavia se apoyó en el hercúleo brazo y echó a andar hacia la salida.

—Buenas noches, Boris.

—Buenas noches, señora Covington.

Shard se sirvió una copa de un excelente *brandy* y la tomó a pequeños sorbitos, mientras pensaba en los acontecimientos de que había sido protagonista en tan pocas horas. Sí, Flavia Covington era una anciana encantadora, pero había en ella algo de doblez, una extraña malicia que le hacía recelar instintivamente.

Tal vez los años habían debilitado un tanto su mente y en ocasiones, sin querer, desvariaba algo. Pero, de todas formas, ¿por qué la llamaban la Bruja de la Casa de la Colina Roja?

¿Y por qué daban tal calificativo a una colina en la que el verde era el color predominante?

Con estos pensamientos seguía aún, cuando apagó la luz para dormir. Había cubierto a pie casi treinta kilómetros y se sentía agradablemente cansado. Poco después, estaba en el mejor de los mundos, en un profundo sueño que le libró de todas preocupaciones.

CAPÍTULO III

Paula Gordon interrumpió el tecleo de su máquina de escribir, cuando oyó que llamaban a la puerta del departamento.

Con un gesto de disgusto, se puso en pie. Era una chica de buena estatura, esbelta, de largos cabellos castaños y ojos grises, vestida en aquellos momentos con un liviano *pullover* y pantalones largos. Cruzó la sala, abrió y se encontró ante un sujeto alto y robusto, con la cara llena de cicatrices.

—Usted es Paula Gordon —dijo el hombre.

—Sí. ¿Qué desea usted? —preguntó ella.

El hombre entró y cerró a sus espaldas.

—Me llamo Jay Horkan, ya ve que no tengo nada que ocultar. Ni he venido a hacerle ningún daño, aunque usted lo esté temiendo —manifestó—. Sólo deseo hacerle una pregunta.

—Está bien, hágala y váyase —contestó Paula, muy irritada por la desenvoltura de su corpulento visitante.

—¿Fue usted la que avisó anteayer a la Policía de que se iba a producir un atraco en el Banco?

—Sí, no tengo por qué ocultarlo…

—La encuesta oficial se celebrará pasado mañana. Usted dirá que avisó a la Policía de que dos sujetos sospechosos entraban en el Banco, pero no mencionará para nada los nombres de Grays ni Heare. ¿Está claro?

Paula apretó los labios.

—Yo diré lo que escuché…

—Y un día le echarán a la cara medio litro de vitriolo. Los chicos, pobres idiotas, están muertos. ¿De qué sirve cubrir a las familias con barro? Eran unos muchachos valientes, honrados, amantes de la comunidad; vieron que dos bandidos, forasteros, querían robar el Banco y trataron de impedirlo. ¿Lo ha entendido?

Ella movió la cabeza lentamente.

—Mentir o el vitriolo —dijo.

—Medio litro, por lo menos —corroboró Horkan.

Abrió la puerta, salió y cerró con un fuerte golpe que hizo temblar las paredes.

Paula se puso nerviosa.

¿Por qué tenía que decir algo que no era verdad?

La respuesta era bien sencilla. Los chicos, ovejas descarriadas, al fin y al cabo, pertenecían a familias pudientes de la ciudad.

Tan pudientes, que se permitían el lujo de alquilar matones para amedrentar a quienes no declarasen como ellos deseaban.

Suspiró, resignada.

Los chicos, supuestos ciudadanos honrados, habían muerto. Y los atracadores profesionales, también.

—¿Qué más da? —murmuró.

Pero luego, sin saber cómo, recordó otras frases oídas aquella mañana memorable y pensó en

la anciana, cuyo rostro se había transformado de repente en una horrenda calavera.

La Bruja de la Colina Roja.

¿Quién era?

—Resultaría una bonita historia —dijo a media voz.

* * *

—¿Está todo preparado, Jadkins? —preguntó Flavia Covington.

—Sí, señora. Funciona a la perfección.

—¿Incluso el desagüe?

—Sí, señora.

Flavia sonrió enigmáticamente.

—Está bien —dijo—. Haré una llamada telefónica. Ojalá el pez pique el anzuelo.

—Picará, señora —aseguró el impasible Jadkins.

Flavia se dirigió hacia la biblioteca. Momentos después, levantaba el teléfono.

—El señor Grays, por favor —pidió a la telefonista.

—¿Su nombre, por favor?

—Dígale que se trata de un amigo y que es urgente. Ah, y no escuche nuestra conversación.

—Nunca escucho las conversaciones del señor Grays —contestó la telefonista indignada.

—Mejor para usted.

Momentos después, Flavia oía la voz de Grays.

—Hable, sea quien sea, pero tenga en cuenta…

—Usted siempre con prisas —rió Flavia con voz muy distinta de la suya habitual—. ¿Recuerda a Charlotte Sutts?

—Nunca he oído hablar de esa dama. Y, dígame, ¿quién es usted, amigo?

—También fui amigo de Charlotte. Ella me contó cosas que usted ignora. Antes de morir, por supuesto.

—No creo nada…

—Si no lo cree, ¿por qué no viene esta noche a la Colina Roja? Sé dónde escondió Charlotte los sesenta paquetitos de… ¿completo la frase?

Grays se puso rígido.

—¡Armiston! —exclamó.

—El mismo.

—Pero ¿de dónde diablos sales al cabo de tanto tiempo?

—Hombre, jefe, recuérdelo, usted me dijo que yo y Dallas Kid debíamos desaparecer, alejarnos hasta que el asunto se enfriase…

—De modo que Charlotte *cantó*.

—Sí, pero, como digo, la cosa estaba que ardía entonces. He dejado pasar todo este tiempo, porque me imagino que ya nadie se acuerda de ello.

—Bien, pero, si es así, ¿por qué me llamas para compartir… la mercancía?

—Yo siempre le tuve en mucha estima. Los otros, no; eran muy duros y hasta se burlaban de

mí en ocasiones. ¡Que se vayan al diablo! Usted sí que fue un verdadero amigo, se lo aseguro.

—Está bien, Armiston, pero ¿no nos verá nadie?

—Déjelo en mis manos. Diez años dan mucha experiencia en estos asuntos, puede creerme.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—Psé… las doce. ¿Le parece bien?

—*Okay*, Armiston.

Flavia colgó el teléfono. Una sonora carcajada brotó de su garganta, a la vez que su cuerpo se estremecía con los espasmos de la hilaridad.

—¡Charlotte, al fin! —exclamó.

Había una sonrisa en sus labios aun cuando salía de la biblioteca. Shard lo advirtió, ya que llegaba en aquellos momentos con una maleta en la mano derecha.

—Tiene usted un excelente humor, señora Covington —dijo.

—Sí, me ha llamado una amiga y hemos cotilleado un poco. Dice que me regalará una escoba con mango de oro en mi próximo cumpleaños.

Shard lanzó una carcajada.

—Una idea estupenda —comentó—. Perdón, no quise ofenderla…

—Oh, no se preocupe, Boris; sólo soy una bruja a los ojos de la gente de espíritu ruin y mezquino. Pero ¿qué trae ahí en la maleta?

—Ropas, señora. Las necesito, puesto que voy a estar aquí más de lo ordinario.

—Boris, temo que está haciendo demasiado gasto por mi causa. El boceto me gustó extraordinariamente, pero ni siquiera hemos discutido sus honorarios por el cuadro.

—Aún no he dado las primeras pinceladas —contestó el joven—. Por cierto, he tenido que ir a New City para encargar la tela y el caballete. Mañana lo traerán todo en una furgoneta.

—Perfectamente. Boris, ¿cuál es su idea para el cuadro?

—Una ventana abierta y el paisaje con luz de sol poniente, pero no rojo todavía. Fondo de cortinas rojas, color cardenal, y un vestido de terciopelo negro, con cuello y puño de encajes blancos. El camafeo que lleva es precioso; será un bonito complemento. Estará sentada en un sillón de alto respaldo; la mano derecha sobre el puño del bastón y en la izquierda, sobre el halda, un pañuelo de encajes, que haga juego con el cuello y puños. Yo añadiría un galgo ruso, blanco y rojo, pero no hay perros en la casa…

—Me disgustan los animales, Boris. Lo siento.

—No se preocupe, señora Covington. La ausencia del perro puede compensarse con el pavimento, a su derecha, parcialmente iluminado por la luz que entra por la ventana. Habrá luz y sombra en su cara, y el resto del cuerpo permanecerá un poco en la penumbra, para que destaquen los pliegues de las cortinas rojas.

Flavia le contempló admirada.

—Oiga, Boris, me parece estar oyendo a un maestro del Renacimiento, en el momento de describir a su mecenas cómo será el retrato que piensa pintarle. Eso de los claroscuros es propio de Rembrandt…

—Velázquez, Zurbarán… ¡Si yo pintase la centésima parte de bien que lo hacían ellos!

La dama dirigió a Shard una sonrisa de simpatía.

—No desanime, todavía es joven —dijo—. Nos veremos a la hora de la cena.

—Por supuesto —contestó Shard.

Mientras subía a su habitación se dijo que era un tipo olvidadizo. No había llamado a su amigo el pintor desde Kathsonville ni desde New City. Bien, tampoco era cosa que corriese demasiada prisa. Iba a estar varias semanas en la Casa de la Colina Roja y tiempo habría de conversar por teléfono con el autor del retrato de Charlotte Sutts.

* * *

El coche, con las luces apagadas, se detuvo a medio centenar de pasos del edificio. Peter Grays alargó el cuello para mirar en la oscuridad.

De pronto, alguien abrió la portezuela. Una pistola se apoyó en su sien izquierda.

—Salga. No se resista o morirá.

Grays lanzó una maldición en voz baja. Debía haber sospechado que se trataba de una trampa.

Tenía un revólver en el bolsillo. Pero ya era tarde.

El asaltante lo hizo rodar por el suelo de un empujón. Era un sujeto hercúleo, de fuerzas descomunales. Grays quiso levantarse, pero un puño de hierro golpeó su mandíbula.

Grays despertó poco más tarde. Al abrir los ojos, se dio cuenta de que estaba tendido sobre una mesa, a la que se hallaba sujeto por unas recias correas de cuero. También apreció que estaba casi completamente desnudo.

—¡Eh! —gritó.

Sonaron pasos. Una mujer apareció ante su vista.

—Hola, Pete —saludó Flavia Covington.

Grays frunció el ceño.

—¿Qué significa esta broma estúpida? Suélteme, vieja bruja…

Flavia lanzó una estridente carcajada.

—¿Soltarte, cuando has venido aquí para morir? —contestó.

—Pero yo… ¿qué le he hecho a usted? Nunca le hice nada malo…

—Mataste a mi nieta. ¿Ya no te acuerdas de Charlotte Sutts?

—No sé nada, yo no di la orden…

—Ah, conque lo reconoces.

—¡Suélteme! ¡Le digo que me suelte! —aulló el prisionero.

—Es inútil, Pete; grita cuanto quieras, nadie te oirá. ¿Has mirado hacia arriba?

Los ojos de Grays se elevaron hacia la bóveda de piedra de la habitación. Había una especie de vástago vertical, que sostenía un disco de metal de casi un metro de diámetro.

Los bordes del disco estaban dentados.

Grays sintió que el sudor corría a chorros por su cara y cuello.

—No, no… Usted no puede hacer eso…

—De modo que yo no lo puedo hacer y tú y tus compinches sí, ¿eh? —La vieja soltó una burlona carcajada—. ¿Has leído *El Pozo y el Péndulo*, de Edgar Allan Poe? Esto es algo parecido… Pero, tú, hombre inculto, qué vas a leer… Lo único que te gusta leer es el saldo de tu

cuenta corriente y las cifras de los billetes que obtienes explotando a la gente… y asesinando a chicas inocentes, como mi nieta Charlotte…

Flavia retrocedió de pronto. Bajó una palanca situada en la pared y en el mismo instante se oyó un tenue zumbido.

Agónicamente, Grays miró hacia arriba. El vástago que sostenía la sierra circular, descendía con terrible lentitud.

—Ahora padecerás tú la espantosa agonía que padeció mi nieta —dijo Flavia, con ojos que parecían despedir fuego—. Ella también sufrió una inmensidad de horror antes de morir y tú debes pagarlo ahora… como lo pagarán tus compinches.

La sierra continuaba su lento descenso, a la vez que giraba a miles de revoluciones por minuto. Con los pelos literalmente de punta, Grays se dio cuenta de que su cuerpo iba a ser cortado por la mitad.

—No, no… —balbució—. Déjeme libre… Usted… Charlotte no tenía ningún pariente…

—Te equivocas. Tenía un familiar. ¿Quieres saber quién era?

La saliva corría por las comisuras de los labios de Grays. De pronto, Flavia se arrancó la piel de la cara.

Grays vio una descarnada calavera. En un instante, comprendió el sentido de las palabras de aquella mujer.

—Tú eres…

—Sí, la Muerte —confirmó ella.

Y un instante después, los dientes de la sierra mordieron el cuerpo de Grays.

CAPÍTULO IV

Los operarios entraron con su carga. El sol lucía radiante. Shard se sentía animoso, lleno de optimismo.

—Déjenlo ahí —indicó, a la vez que sacaba unos billetes de su bolsillo. Se preguntó qué le habría hecho aceptar el encargo de una dama excéntrica y probablemente ansiosa de combatir su aburrimiento a cualquier precio. De todas formas, ya estaba hecho y no podía retroceder.

Y por otra parte, sentía ansias de responder al reto que significaba pintar el retrato de Flavia Covington. Podía resultar algo bueno.

Media hora más tarde, tenía todo preparado. Entonces decidió avisar a Flavia.

Jadkins no estaba por ninguna parte. Gritó su nombre un par de veces, pero el criado no contestó. De pronto, vio a la dueña de la casa que asomaba por el piso superior.

—¿Sucede algo, Boris? —preguntó Flavia.

—Oh, nada de particular. Simplemente quería decirle a Jadkins que la avisara de que ya estoy listo para iniciar la primera sesión, pero puesto que la veo a usted…

—Jadkins está durmiendo.

Shard levantó las cejas en un gesto automático de sorpresa.

—Ha pasado muy mala noche —explicó Flavia.

—Sí, se comprende. Bien, señora Covington, cuando guste.

—Bajaré dentro de diez minutos, Boris.

—Sí, señora.

Flavia fue puntual. Cuando llegó al comedor, vio un sillón de alto respaldo, con abundantes adornos de talla, situado al pie del retrato de su nieta. Las cortinas estaban recogidas en parte, aunque no descorridas, simplemente sujetas con un cordón.

—¿Por qué ahí, Boris? —se extrañó la dama.

—Bien, de momento sólo trato de establecer la composición para el boceto del cuadro. Luego elegiremos el lugar definitivo, junto a una ventana y colgando éstas u otras cortinas de color parecido. Antes de que dé la primera pincelada en serio necesitaré varias sesiones, aparte de que tendré que estudiar el lugar más adecuado para el fondo definitivo.

—Comprendo —dijo Flavia, a la vez que se sentaba en el sillón—. ¿Estoy bien así? —consultó.

Shard se acercó a ella y corrigió algunas posiciones del brazo izquierdo y de las piernas. Retrocedió un paso, estudió un poco al modelo y luego se acercó al caballete en el que estaba montado el bastidor con la tela, de dos metros de alto por casi otro tanto de anchura.

—Boris, ¿puedo decirle que me ha decepcionado su aspecto? —exclamó Flavia de repente.

Shard se quedó parado, con el carboncillo en la mano.

—No entiendo, señora Covington —dijo.

—Bueno, yo me imaginé que usted debería llevar puesta una gran boina de terciopelo, un enorme lazo negro y una blusa para evitar las manchas de pintura…

El joven se echó a reír.

—Ése es el atuendo del pintor clásico de tiempos bohemios —contestó—. Por el momento,

emplearé sólo el carboncillo, lo que no me producirá manchas en la ropa. Pero cuando uso los pinceles, me pongo algo más modesto, práctico y moderno: un mono de mecánico.

—No es mala idea, muchacho —asintió ella, complacida—. Vamos, adelante.

* * *

La encuesta había terminado. Paula Gordon salió con los últimos espectadores. Se avergonzaba de sí misma, por no haber dicho toda la verdad y haber actuado al dictado de unos personajes que le eran desconocidos, pero, a fin de cuentas, de nada habría servido que dijera claramente cuanto había visto y oído.

Había un hombre en la puerta del Palacio de Justicia, apoyado en la pared con aire negligente. Paula oyó su voz al pasar a su lado.

—Señorita Gordon.

La joven se volvió. Horkan la miraba de un modo singular.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó la muchacha.

Horkan se despegó del muro y se emparejó con Paula.

—Ha estado muy bien. La felicito —dijo, mientras caminaba junto a ella.

—No tuve otro remedio —contestó Paula secamente.

—Claro, el vitriolo.

Paula se volvió hacia Horkan.

—A lo mejor, un día compro yo medio litro de vitriolo y se lo echo a la cara —exclamó.

Horkan lanzó una risita.

—No sea ilusa —contestó—. Usted es joven y tiene una cara preciosa. Mejor que siga así, ¿comprende? Si algún periodista viene a pedirle declaraciones, conteste como lo ha hecho en el Juzgado. No se le olvide.

Horkan dio un paso para separarse de la muchacha, pero, de pronto, se detuvo.

—Por cierto, antes he dicho que tiene usted una cara preciosa, pero ¿dónde la he visto yo antes de ahora?

Paula se encogió de hombros. De repente, se oyó una vez de mujer:

—Señorita, ¿la está molestando este elefante con dos patas?

Paula se volvió. Casi gritó al reconocer a la anciana que había predicho a Roy y a Chuckie su trágico fin.

—Señora —rezongó Horkan de mal talante.

La contera del bastón de Flavia se apoyó en el estómago de Horkan.

—Le voy a dar un consejo, paquidermo de dos patas —dijo—. No vuelva a molestar a esta chica tan linda o será lo último que haga en su vida. ¿Está claro?

Horkan echó la cabeza hacia atrás para lanzar una carcajada. Pero, de repente, la risa se congeló en sus labios.

Algo le pinchaba en el estómago. Instintivamente, dio un salto hacia atrás.

—Lleva un bastón estoque —rugió.

Durante una fracción de segundo había sentido en su carne el contacto de un objeto de punta

muy fina. Pero el bastón seguía levantado y no pudo ver en la contera nada que indicase la existencia de un acero.

—Está loco —rió Flavia, ante la estupefacción de Paula—. Mira que decir que esto es un bastón estoque… ¿Tan sucia tiene la conciencia?

Horkan lanzó una maldición entre dientes. Estaban en medio de la calle y, aunque nadie se había fijado en la escena, no podía portarse desconsideradamente con dos mujeres, una de las cuales era una anciana de venerable aspecto.

—No moleste más a la chica o lo pasará muy mal —amenazó Flavia.

Horkan se marchó, echando pestes. Flavia lanzó una risita.

—Le he metido el miedo en el cuerpo —dijo.

—Señora… Usted… Yo, yo la conozco a usted… —habló Paula entrecortadamente.

—No nos hemos visto antes, que yo sepa —respondió la dama.

Paula se inclinó hacia ella.

—El día del atraco —murmuró—. Escuché todo lo que dijo a los dos muchachos. Resultó macabramente profético.

—¡Huy, qué frase tan bien elaborada! Y, ¿cómo lo escuchó usted, hija mía, si puede saberse?

—Había salido de compras y entré a tomar un refresco en el bar que hay casi frente al Banco. Estaba sentada en un taburete, junto a la ventana, que tenía el bastidor levantado. Chuckie y Roy estaban en la esquina, junto a la misma ventana. No se daban cuenta de que alguien les oía… y usted tampoco lo advirtió.

—Ahora lo entiendo —contestó Flavia—. Bueno, cuando se llega a mis años, la perspicacia se alcanza con gran facilidad. Vi, al menos, uno de los revólveres de los chicos, entre sus cazadoras abiertas. Miraban al Banco continuamente y consultaban la hora con gran frecuencia. ¿Qué habría deducido usted, en todo caso?

—Una respuesta casi satisfactoria, señora —calificó Paula.

—¿Por qué el *casi*, hijita?

—Usted pudo suponer que planeaban un atraco, pero profetizó que morirían.

Flavia sonrió levemente.

—Sólo quise asustarlos, pero no lo conseguí —dijo.

A Paula le pareció que la anciana no decía toda la verdad. Aquellos ojos parecían ver más allá de las mentes humanas.

—Sí, tal vez —admitió, renuente—. De todas formas, muchas gracias, señora…

—Covington, Flavia Covington, y vivo en la Casa de la Colina Roja. Me gustaría que un día viniera a tomar el té conmigo, muchacha.

—Iré —prometió Paula.

Tenía que averiguar por qué aquel agradable rostro se había convertido tan súbitamente en el retrato de la Muerte.

La anciana se marchó, caminando con cierta dificultad, apoyada en su bastón. El Rolls amarillo aguardaba a poca distancia, con el chófer negro junto a la portezuela, como una estatua.

En el momento de subir al coche, Flavia se volvió hacia la muchacha y le dirigió una afectuosa sonrisa. Paula respiró aliviada al ver que, en esta ocasión, la cara de la señora Covington no había

cambiado de aspecto.

El coche se alejó. De pronto, Paula oyó una voz a su lado:

—¡Mira, allá va la Bruja de la Colina Roja!

La muchacha se volvió, indignada, hacia los dos hombres que había en la acera.

—¿Les ha hecho algún maleficio? —preguntó irónica.

Y antes de que ninguno de los dos sujetos pudiera decir nada, continuó su camino, taconeando vivamente.

Mientras regresaba a su casa, pensó en Flavia. Una mujer extraña, se dijo. Sentíase atraída hacia ella, pero, al mismo tiempo, notaba una extraña repulsión, cuyos motivos no podía averiguar.

—Iré a visitarla algún día —se prometió finalmente.

* * *

—A esa chica la conozco yo —dijo Ray Heare.

—Sí, su cara también me parece conocida —convino Horkan.

—Claro. Fue cantante hace tres años y tuvo cierto éxito. Pero luego lo dejó para escribir. Ha publicado dos libros que se han vendido mucho.

—Caramba, una tía inteligente…

—La que nos conviene para el Golden Stork. Necesitamos reavivarlo un poco. No acude mucho público. Si esa muchacha actuase, con la debida propaganda, acudiría gente en cantidad.

—Esa parece una buena idea, en efecto. Pero ¿querrá aceptar?

—Tú te encargarás de ello, Jay.

Horkan miró a su interlocutor.

—Si cree que es posible… —dijo, vacilante.

—Ha declarado en el juzgado lo que le ordenamos declarar, ¿no?

—Es cierto.

—En tal caso, empieza a *trabajarla* ya ahora mismo. Quiero verla la semana próxima en el Golden Stork.

—Descuide, jefe. La *cantante-novelista*… —Horkan se echó a reír—. Sí, la gente acudirá como las moscas a la miel.

* * *

—Usted tiene teléfono en casa, me parece, señora Covington —dijo el pintor.

—Por supuesto. ¿Necesitas llamar a alguien?

—Sí, pero sospecho que el teléfono está en la biblioteca. Y, que yo recuerde, es uno de los sitios que tengo prohibidos.

Flavia soltó una risita.

—Esa biblioteca no es la cámara donde Barba Azul guardaba a sus esposas muertas —dijo—.

Cuando termine la sesión, le dejaré la llave.

—Mil gracias, señora Covington.

El boceto iba ya muy adelantado. Shard calculaba que podría empezar a usar los colores un par de días más tarde.

—Boris, ¿ha elegido ya el lugar definitivo para el fondo del cuadro? —preguntó ella.

—Mañana, en su compañía, si no le importa.

—Oh, no, en absoluto.

Media hora más tarde, Shard advirtió síntomas de fatiga en su modelo.

—Basta por hoy, no quiero que se canse más —dijo.

Flavia sonrió.

—Sí, ya me sentía un poco fatigada. Es curioso, posar como modelo cansa más de lo que uno imagina. Claro que por eso deben de cobrar tanto dinero las modelos jóvenes y bonitas. ¿Ha tenido usted alguna de esas modelos… para imitar a Goya?

Shard lanzó una risita, mientras se limpiaba las yemas de los dedos con un trapo.

—¿Qué respuesta estimaría usted como satisfactoria, señora Covington? —dijo.

Flavia rió también.

—La que me ha dado, no necesito más —contestó maliciosamente.

CAPÍTULO V

Shard esperó a que se efectuara la conexión. Al cabo de unos segundos oyó una voz en el auricular:

—Soy Jack Mowbry. ¿Quién llama?

—Jack, Boris Shard. Te acuerdas de mí, supongo.

—Hombre, Boris, claro que me acuerdo de ti… El pintor vagabundo… ¿En qué remoto rincón del mundo te encuentras ahora?

—Bien, estoy en una aldea llamada Kathsonville… Un lugar encantador, créeme. Pero no te quería hablar de esta población, Jack. Es que he visto un cuadro tuyo y me entró cierta curiosidad…

—¿Un cuadro mío? ¿Dónde está?

—Verás, es un retrato. La mujer se llamaba Charlotte Sutts, una chica joven, de veinte o veintidós años… Según la fecha que hay junto a la firma, lo pintaste hace tres.

—Oh, sí, lo recuerdo perfectamente. Su abuela me dio un retrato de ella. Quería tener un recuerdo de su nieta. Dijo que había muerto en circunstancias trágicas, pero no añadió más detalles. Y me pagó bien, te lo aseguro.

—De modo que el retrato fue un encargo de la abuela de Charlotte.

—Sí. Se llama Flavia Covington. Una dama encantadora, te lo aseguro. Algo anticuada, pero resulta agradabilísima. Sobre todo, a la hora de pagar. No hubo el menor regateo. Pero ¿por qué preguntas todo esto, Boris?

—Mera curiosidad, Jack. Estoy hospedado en casa de la señora Covington. Quiere que le haga su retrato. Vi el de Charlotte y…

—Comprendo, Boris. Bien, se trata de una mujer rica, así que no tengas remilgos a la hora de presentarle la minuta.

—Un buen consejo. Adiós, Jack, y gracias.

—Adiós, Boris.

Shard dejó el teléfono sobre la horquilla. Mientras encendía un cigarrillo, paseó la vista por la espaciosa biblioteca, en la que había varias estanterías repletas de volúmenes, algunos de ellos de costosa encuadernación.

Era una estancia agradable, pero no vio en ella nada de particular que justificase la prohibición de Flavia. Claro que, a su edad, se dijo, algunas rarezas resultaban extrañas.

Caminó hacia la puerta y la abrió. Flavia y Jadkins estaban en el salón, de espaldas a él.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que Shard les escuchaba.

—¿Todo preparado, Jadkins? —preguntó Flavia.

—Sí, señora. Cuando la señora guste…

—Mañana, tal vez pasado. Esta noche, no, Jadkins.

El criado se inclinó.

—Como mande la señora —dijo.

Y se alejó hacia la cocina.

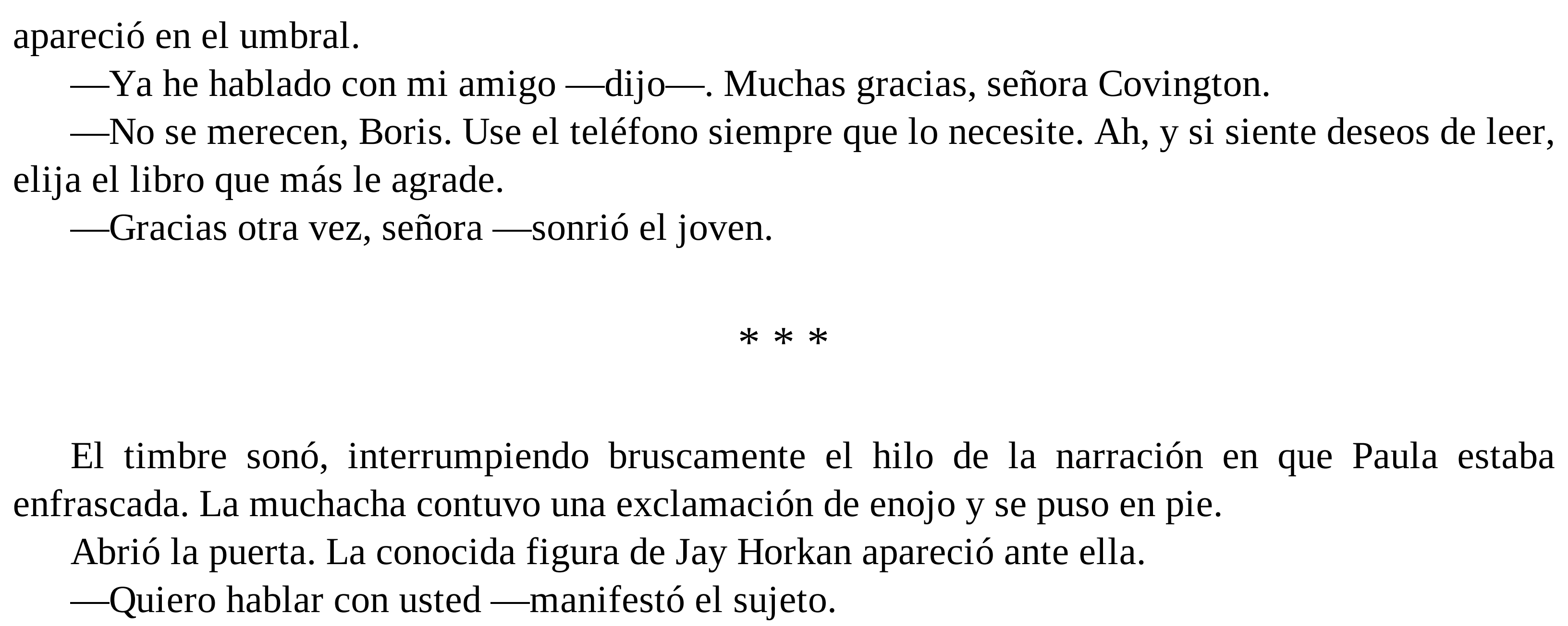
Flavia se volvió. La puerta de la biblioteca se abría en aquel momento. Sonriente, Shard

apareció en el umbral.

—Ya he hablado con mi amigo —dijo—. Muchas gracias, señora Covington.

—No se merecen, Boris. Use el teléfono siempre que lo necesite. Ah, y si siente deseos de leer, elija el libro que más le agrade.

—Gracias otra vez, señora —sonrió el joven.



* * *

El timbre sonó, interrumpiendo bruscamente el hilo de la narración en que Paula estaba enfrascada. La muchacha contuvo una exclamación de enojo y se puso en pie.

Abrió la puerta. La conocida figura de Jay Horkan apareció ante ella.

—Quiero hablar con usted —manifestó el sujeto.

Paula hizo un gesto de resignación.

—Me hablaron muy bien de Kathsonville. Una aldea tranquila, parada en el tiempo, con pacíficos habitantes… Lo ideal para escribir sin ser molestada, pero el que me dio esos informes desconocía la existencia de un tipo como usted.

Horkan hizo caso omiso de la sarcástica declaración. Entró, cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Hace tres años, usted era cantante —dijo.

—Sí, aunque no se puede decir que arrastrase enormes multitudes detrás de mí. Además, era una clase de vida que no acababa de gustarme.

—Lo siento. Va a tener que volver a esa vida que no le gusta.

Paula parpadeó.

—¿Qué está diciendo, loco?

—La semana próxima cantará en el Golden Stork. Está cerca de New City. Mañana la esperan ya para empezar los ensayos.

—No iré…

—Vendré a buscarla —dijo el inexpresivo Horkan—. Y traeré el vitriolo en el bolsillo.

—Habrá dos policías en la puerta —exclamó ella.

Horkan soltó una risita.

—Tarde o temprano, recibiría una ducha de ácido. No llame a la Policía. Vendré a las once de la mañana. Adiós.

El sujeto soltó sus frases en estilo telegráfico, contundente. Paula se dio cuenta de que no admitía réplica.

La puerta se cerró. Paula quedó sola, llena de furia por lo que acababa de escuchar.

No quería volver a cantar, no porque no le gustase, sino porque prefería una vida más tranquila y sedentaria, dueña de sí misma, sin tener que sujetarse a horarios calculados de antemano y sin soportar a la gente. Pero Horkan, y los tipos que estaban detrás de él, pensaban de modo distinto.

—Y el caso es que Kathsonville me gusta —murmuró, mientras se esforzaba en hallar una solución para el apuro en que se había visto metida involuntariamente.

De pronto, chasqueó los dedos.

—¿Cómo no se me ha ocurrido antes? —exclamó.

Consultó el reloj. Todavía era pronto. Pero antes de las cinco de la tarde, estaría en la Casa de la Colina Roja, para pedir ayuda a su dueña.

Puede que Flavia Covington fuese una bruja, pero a Paula le parecía que debía de ser una bruja buena.

* * *

El vagabundo que erraba por los bosques sin rumbo fijo, en busca de alguna granja en donde comer un plato de sopa a cambio de cortar algo de leña o de limpiar de hierbas algún jardín, divisó de repente el automóvil volcado en el fondo de un barranco lleno de maleza.

Andy Pearson pensó primero en un accidente. Luego se dijo que tal vez el dueño había arrojado su coche viejo a aquel lugar, para deshacerse de un estorbo. Pero incluso en un coche viejo podía haber algo de valor para un hombre como él.

El vagabundo descendió al barranco y husmeó el coche, casi oculto por la maleza. De pronto, divisó un gran saco en la parte posterior.

El saco era de lona impermeable, muy bien cerrado. Pearson sacó una navaja y, metiéndose en el coche con dificultades, empezó a rasgar el tejido.

Una vaharada de cierto olor nauseabundo golpeó de repente su pituitaria. Los pocos y grises cabellos de Pearson se pusieron de punta.

Su navaja cortaba muy bien; era algo conveniente para un vagabundo. Pero en un segundo, horrorizado, se dio cuenta de que la cosa que había partido al hombre en dos mitades, era todavía más afilada.

Mareado, a punto de vomitar, Pearson abandonó el macabro barranco. Era un vagabundo, pero muy respetuoso con la ley.

Sobre todo, cuando se trataba de un asesinato.

* * *

Los azules ojos de Flavia Covington contemplaron fijamente a la hermosa muchacha que tenía ante sí.

—De modo que ese tipo ha vuelto a molestarla —dijo.

—Sí, señora —contestó Paula—. La verdad… yo no quiero volver a cantar, y menos en las condiciones que me imponen. Ese Horkan debe de ser un hampón…

—Lo es, pero no se preocupe más de él, muchacha. Yo haré que se olvide de usted, se lo aseguro.

Paula escrutó el rostro de la anciana.

¿Lo había soñado? ¿Podía Flavia convertir su cara en una calavera descarnada?

De pronto, se abrió la puerta del salón. Un hombre apareció en el umbral.

—Oh, dispense. No sabía que tuviera una invitada, señora —dijo Shard.

—Entre, entre, Boris —sonrió Flavia—. Quiero que conozca a una chica encantadora. Y una

estupenda novelista, además.

Shard avanzó unos pasos. Flavia hizo las presentaciones.

—Paula Gordon, Boris Shard… Boris está pintando mi retrato, ¿lo sabía, Paula?

—Me encanta conocer a un artista —dijo la muchacha.

—Y a mí a una escritora de mérito y, además, cantante.

—¿Cómo? ¿Sabía usted…? —Se sorprendió Paula.

—La escuché varias veces hace unos tres años. Pero creo que dejó la carrera.

—Sí, empecé a escribir y tuve cierto éxito, lo cual me alentó a seguir con mi nueva profesión.

—Lo celebro infinito. Señora Covington, la veré más tarde —se despidió Shard.

—Desde luego, Boris.

Las dos mujeres se quedaron solas. Flavia se inclinó hacia adelante y tomó una de las manos de la muchacha, para palmearla con gesto afectuoso.

—No se preocupe más de Horkan —dijo.

Paula se estremeció. ¿Había hecho bien en pedir ayuda a la anciana?

***

La cena había sido magnífica y así lo confesó Shard cuando el impasible Jadkins servía el café y los licores.

—Si esto sigue así, la semana próxima tendré que comprarme ropas más grandes —dijo, a la vez que acariciaba el estómago con gesto de indudable satisfacción.

—Me gusta que mis huéspedes se sientan contentos en mi casa —dijo Flavia—. Por otra parte, es preciso reconocer que Jadkins cocina estupendamente.

Shard se volvió hacia el criado.

—Jadkins, le deseo una vida larguísima, pero el día en que usted muera, irá directamente al cielo a dar de comer a los ángeles —dijo.

Jadkins se inclinó.

—Una frase sumamente agradable, señor —contestó.

Shard tomó el café y los licores. La compañía de Flavia era muy grata. La dama era una encantadora anfitriona y le gustaba mucho charlar con ella.

Luego empezó a sentir sueño. Flavia se despidió.

Lentamente, Shard subió a su dormitorio y se acostó. Tenía un libro, pero se quedó dormido antes de haber acabado la segunda página.

De pronto, no sabía cómo, notó la presencia de una persona extraña en el dormitorio.

Abrió los ojos. Todo lo veía a través de un velo, como si delante de sus pupilas hubiese una tela muy sutil, vaporosa, de suave color azulado.

Al otro lado del velo había una figura.

Era una mujer.

Sonreía. Sus labios estaban cálidos, llenos de vida. Vestía un transparente peinador de largos velos y su frondosa cabellera negra caía en centelleantes cascadas sobre sus hombros.

Shard se incorporó lentamente, lleno de estupefacción.

—¡Charlotte! —exclamó.

La chica del cuadro había cobrado vida, pensó.

Pero casi enseguida, se dio cuenta de que soñaba.

Ella se le acercó y traspasó el velo azul. Sus brazos, blancos, mórbidos, se enroscaron en torno al cuello del huésped.

—No es un sueño, querido —dijo Charlotte.

Su boca buscó la del hombre. Si era un sueño, se dijo Shard, tenía todo el aspecto de una maravillosa realidad.

Junto a su pecho, Shard percibió el acelerado palpitar de un corazón femenino.

¿Sueño?

¿Realidad?

No importaba. Sueño o realidad, se dejó llevar, sumergiéndose en la embriaguez de aquel maravilloso momento.

CAPÍTULO VI

Había una gran conmoción en la aldea.

Paula observó idas y venidas de la gente. Un coche policial partió, dejando tras sí la estela de sonido de su ruidosa sirena.

Jay Horkan pasó rápido por la acera opuesta. Aunque estaba a cierta distancia, Paula pudo observar en el sujeto indudables síntomas de nerviosismo.

Conectó la radio. Tal vez podía captar un boletín de noticias.

Otro coche de la Policía salió disparado. De pronto, Paula oyó:

—… El cuerpo de Peter Grays fue hallado en el barranco de Wild Forest Hills, metido en un saco de lona, dentro de su automóvil, casi oculto por la maleza. Fue un asesinato repugnante, ya que los criminales aserraron a Grays por la mitad…

Paula cerró la radio, estremecida de horror. ¿A quién se le había ocurrido una idea tan espantosa?

Horkan, por su parte, sudaba de miedo.

—Pero, jefe, ¿cómo lo pudieron hacer? —exclamó.

—No importa el cómo, sino quién —rezongó Heare, no menos nervioso que su acólito—. Pero ahora tenemos algo más importante entre manos. ¿Qué hay de la chica?

—Estará en su casa, supongo.

—No quiere ir, ¿eh?

—Dijo que no.

Heare se puso en pie.

—Te acompañaré. Yo puedo persuadirla —aseguró.

—Si no lo hace con dinero…

—Primero, emplearé ese cebo. Si no acepta… —De pronto, Heare lanzó un sonoro juramento —. ¡Maldición, todas las cosas me van mal desde hace algún tiempo! ¡Diríase que estoy embrujado!

—Eso es culpa de la vieja que vive en la Casa de la Colina Roja.

—No digas tonterías —bufó Heare, a la vez que agarraba su sombrero.

Los dos hombres salieron a la calle. Una sirena se oyó a lo lejos.

Instantes después, pasaba una ambulancia a toda velocidad por delante de ellos.

Heare se estremeció.

—Ahí va el pobre Pete —murmuró.

La ambulancia se dirigió hacia New City. Kathsonville era una aldea demasiado pequeña para mantener forense, depósito de cadáveres y fuerza policial. La vigilancia se efectuaba por un destacamento de Policía de New City, cuyos componentes se revelaban periódicamente.

—Luego tendré que ir a dar el pésame a la viuda —gruñó Heare.

Siguieron andando. De pronto, un gran Rolls amarillo pasó por delante de los dos individuos.

—Ahí va la bruja —indicó Horkan.

En su asiento, el chófer era una estatua. El automóvil se deslizaba a marcha muy moderada.

Los dos hombres caminaron todavía un centenar de pasos. Luego se dispusieron a cruzar la

calzada. El Rolls estaba detenido en las inmediaciones.

Horkan dio un paso. De súbito, se llevó las manos al pecho.

—¡Ay! —dijo, pero sin elevar la voz excesivamente.

Heare le miró sorprendido.

—Jay, ¿qué diablos te pasa? —preguntó.

Había una expresión de extrañeza en el rostro del hampón. Su mano izquierda se había elevado súbitamente hasta el pecho. De pronto, dio un traspié y rodó por tierra.

Algunos de los transeúntes gritaron y se arremolinaron en torno al caído. Heare se sentía desconcertado.

El Rolls se separó lentamente del bordillo de la acera. Por un instante, Heare miró hacia el vehículo.

En el asiento de atrás viajaba un ser que le hizo sentir escalofríos. La cara de la dueña del vehículo era ahora una burlona calavera.

Pero un instante después, el Rolls había desaparecido de su vista. Y Heare empezó a dudar de la integridad de sus sentidos.

De pronto, alguien, arrodillado junto a Horkan gritó:

—¡Este hombre ha muerto!

Heare sufrió una horrible sacudida. Horkan le había contado el incidente ocurrido en la puerta del Palacio de Justicia. ¿No había dicho la bruja que no debía molestar más a Paula Gordon o sería lo último que hiciera, en su vida?

¿Cómo se había cumplido tan siniestra profecía?

Al otro lado de la acera estaba la casita donde vivía Paula Gordon. Heare entrevió la silueta de la muchacha a través de los visillos.

De pronto, sintió miedo.

* * *

—Temo que voy a permanecer aquí más tiempo de lo calculado, señora Covington —dijo Shard.

—¿Le resulta enojoso, Boris?

—A quien puede resultarle enojoso es a usted. Yo quiero pintar un retrato que valga la pena contemplarlo más tarde. No puedo pintar de prisa, por tanto; no es una ilustración para una portada de novelas de aventuras o un cartel publicitario. Usted ya me entiende, ¿verdad?

—Boris, ¿le he fijado yo algún plazo para la terminación del cuadro? ¿Doy muestras de impaciencia? Quiero que haga una cosa bien hecha y el tiempo no tiene la menor importancia. ¿Está claro?

—Sí, señora Covington.

—Me parece que no se siente a disgusto en este viejo caserón, creo yo.

—Oh, por supuesto…

Flavia soltó una risita.

—Ya sé que muchos dicen que soy la Bruja de la Colina Roja. Pero usted no puede creer en

semejantes tonterías, ¿verdad?

—Oh, no, en absoluto. Y espero que no lo diga nadie en mi presencia, porque le machacaré las narices.

—Mi caballero defensor —dijo ella, suspirando—. Cómo daría algo valioso por quitarme cuarenta años de encima.

—Ojalá pudiera colaborar yo también —sonrió Shard.

—Si hay algo irreversible es el tiempo —murmuró la anciana—. Lo que ha pasado ya, no puede suceder de nuevo.

Sin saber por qué, Shard pensó en el sueño de la víspera, la hermosa mujer que le había visitado en su dormitorio. Todavía no estaba seguro de si era sueño o realidad.

¿O había fantasmas en la casa?

—No, no hay fantasmas en la Colina Roja —dijo Flavia.

Shard dio un bote en su alto taburete, frente al cuadro.

—¡Señora Covington! —exclamó.

—Lo estaba pensando, ¿verdad?

—Pues… —Shard, se sentía desconcertado. ¿Podía aquella mujer adivinar el pensamiento? Carraspeó un poco y añadió—: Bien, la verdad es que la casa se presta para la existencia de una leyenda sobre algún fantasma.

—El de mi nieta Charlotte.

—¿Su… nieta?

—Hace diez años, vino a esta casa. La vieron entrar aquí, pero no salió jamás. No se ha sabido qué fue de su cuerpo.

—La asesinaron, sin duda. ¿Hay algún pozo o pasadizo secreto en el cual pudieron esconder su cuerpo?

—No lo sé, nunca me he preocupado de ello. Pero ¿por qué el alma de Charlotte no podía salir de cuando en cuando de su tumba y vagar por las estancias del lugar en que murió, para pedir venganza?

Shard prefirió callar. Si la mujer que le había visitado, o su fantasma, vagaban por las habitaciones del caserón, al menos no había ido a su dormitorio para pedirle venganza.

Jadkins apareció de pronto en el umbral.

—Con el permiso de la señora —dijo—. La señorita Gordon desea visitar a la señora.

—Oh, claro que sí —exclamó Flavia—. Hazla pasar, Jadkins. —Se volvió hacia Shard, mientras el criado se retiraba—. Una muchacha encantadora, créame, Boris.

Paula apareció a los pocos instantes en la puerta. Parecía irresoluta, insegura.

—Entre, entre, muchacha —invitó Flavia—. Dispénseme que no me levante para recibirla, pero estoy posando para el pintor.

—Entonces… volveré otro día, señora…

—¿Por qué? Vamos, Paula, acérquese y cuénteme lo que le sucede. ¿Es algo grave?

Shard se puso en pie y dejó los pinceles y la paleta sobre la mesita que tenía al lado.

—Las dejaré solas —manifestó.

Flavia alzó la mano.

—Quédese, Boris —ordenó—. Con usted tengo ya hay suficiente confianza como para no ocultarle nada. Y no creo que lo que esta guapa muchacha ha venido a decirme tenga demasiada importancia. ¿O sí la tiene, Paula?

—En todo caso, usted juzgará. Se trata de aquel tipo que me molestó hace días, el que me ordenó declarar de otro modo en el juzgado.

—Ah, sí, Jay Horkan. Un tipo verdaderamente repugnante. ¿Le ha pasado algo?

—Ha muerto, señora Covington.

El rostro de Flavia permaneció inalterable.

—No está bien que una dama lo diga, pero esta noche habrá fiesta grande en el infierno —dijo—. ¿Algo más, Paula?

Shard observaba atentamente a la muchacha. Parecía muy nerviosa, se dijo. Y, de pronto, se le ocurrió la idea de que conversar con ella un rato, a solas, podía proporcionarle resultados interesantes.

—No, señora —respondió Paula—. Eso es todo.

Flavia hizo un leve gesto con la mano.

—Quédese —dijo—. Ya que ha venido, tomará el té con nosotros. Siga, Boris —indicó.

—Sí, señora —contestó el pintor, a la vez que volvía a tomar de nuevo las herramientas de su oficio.

* * *

Flavia levantó el teléfono y marcó un número. Alguien, a los pocos momentos, dio la respuesta:

—Daniel al habla. ¿Quién es?

—Dallas Kid. Tengo buenas noticias para usted, señor Daniel.

—¡Dallas! Pero ¿de dónde diablos sales? ¿Dónde te has metido estos diez años?

—Usted y los otros nos dijeron a Armiston y a mí que nos esfumáramos, y eso es lo que hicimos. Bueno, Armiston y yo nos largamos, después de…

—Dallas, no es necesario que sigas —cortó Daniel imperativamente—. Habla de una vez, si es que tienes algo importante que decirme.

—Pues sí, señor Daniel. Se trata de aquel asunto, usted ya sabe. Resulta que he encontrado la mercancía.

—¡No! —chilló Daniel.

—Sí. Sé dónde está. Pero necesito ayuda.

—Aguarda un momento. ¿Desde dónde me llamas?

—Una cabina pública, aquí en New City. A la noche…

—Nos reuniremos en el Sadova, Dallas.

—No. Lo siento, pero ése no es mi plan. Ah, y por supuesto no le diga nada a los otros. Repartiremos los beneficios al cincuenta por ciento.

—Claro, Dallas, claro que sí. ¿Adónde quieres que vaya?

—Venga a la casa de la Colina Roja. A las doce de la noche.

—De acuerdo, Dallas.
—No haga ruido. Quédese a unos cincuenta o sesenta metros del edificio y aguárdeme.
—¿Habrá peligro de que los ocupantes…?
—No, ninguno, en absoluto. Hasta luego, señor Daniel.
—Hasta la vista, Dallas.

CAPÍTULO VII

Mitch Daniel se despertó sintiendo un horrible dolor de cabeza. Durante largos minutos, luchó contra la inconsciencia, hasta que, poco a poco, empezó a darse cuenta de cuanto le rodeaba.

Lo primero que vio fueron unos muros de piedra y una bóveda del mismo material. Había en lo alto algo que parecía un gran péndulo de reloj, pero no consiguió ver con claridad de qué se trataba.

Una figura humana apareció de pronto en su campo de visión.

—Hola, Mitch —dijo Flavia.

Daniel trató de incorporarse. Las correas que lo sujetaban a la mesa le impidieron hacer el menor movimiento.

—Vieja bruja —gruñó—. Suélteme de aquí o…

—¿Soltarte? —rió ella—. Mitch, ¿ya no recuerdas la orden que diste, junto con tres hombres más y dos mujeres, respecto a cierta muchacha que os estorbaba?

—¡Era una ladrona! —chilló el prisionero.

—¿Quién robó el dinero, Mitch?

—Ella, ella se lo llevó…

—O estás mintiendo o estás engañado. Pero esto no tiene importancia. El caso es que Charlotte murió, a causa de una decisión tomada en común por cuatro hombres y dos mujeres. Sus ejecutores fueron dos notorios pistoleros, llamados George Armiston y Dallas Kid. ¿Lo recuerdas?

Daniel sudaba copiosamente.

—Escuche, señora… Suélteme y le daré…

—El dinero no me interesa. Tengo más del que te puedes imaginar, Daniel. Lo único que quiero es vengar a mi nieta.

—Pero, señora, aquello ya pasó…

—Precisamente, porque pasó, quiero vengarme. ¿Recuerdas cómo murió otro de los que dieron la orden? Me refiero a Peter Grays, por supuesto.

Los ojos de Daniel se movieron agónicamente en sus órbitas.

—Oh, no, no; usted no irá a…

Flavia retrocedió un par de pasos y bajó una palanca situada en la pared.

Daniel elevó la vista. El disco del péndulo se había puesto en movimiento y giraba velozmente, al mismo tiempo que el vástago iniciaba un lento descenso, aunque sin balanceo lateral.

Un horrible alarido brotó de los labios de Daniel. Enloquecido de pavor, se agitó frenéticamente, tratando de soltarse.

Pero las correas eran muy fuertes y la mesa estaba sólidamente anclada al suelo. Todos los esfuerzos del prisionero resultaron inútiles.

Daniel aulló. Su voz se convirtió en el alarido de una fiera, en una serie de gritos inhumanos, que no cesaron sino cuando la sierra hubo cumplido su fatídica misión.

* * *

Boris Shard tomó una silla y se sentó frente a Paula, en uno de los restaurantes situados a la salida de la aldea, junto a una estación de servicio. Era un lugar de mucho tránsito y no se fijarían en ellos.

—Gracias por haber aceptado mi cita —dijo Shard.

—Me entró curiosidad —sonrió ella—. ¿Tiene algo importante que decirme?

—Bien, usted parece ser amiga de la señora Covington…

—Hasta cierto punto —dijo Paula—. ¿Por qué lo menciona?

—Tengo la sensación de que está en apuros. Usted, claro, no ella. ¿Me equivoco?

Paula bajó la vista hacia la copa que tenía delante de sí.

—Estoy en apuros, es cierto —admitió.

—Por favor, ¿puede contarme lo que le sucede?

Ella dudó un instante. Luego relató todo lo que le había ocurrido, a partir del instante en que oyó a Flavia reprender a dos aprendices de atracador y profetizar su próxima muerte.

—¿Cómo lo supo ella? ¿Cómo se ejecutó la muerte de Horkan? —exclamó, como final de su relato.

Shard tenía el ceño fruncido.

—Es una mujer enigmática, no cabe la menor duda. Y, lo crea o no, adivina el pensamiento —dijo.

—De Flavia Covington, no me extraña ya cualquier cosa. Pero parece buena, es dulce, afectuosa, llena de simpatía… Y, sin embargo, ha matado a Horkan.

—¿Está segura?

—El Rolls de Flavia estaba a tres pasos de Horkan cuando éste se desplomó fulminado. Y recuerdo muy bien el día en que ese granuja me molestó, a la salida del juzgado. Flavia apoyó su bastón en el estómago de Horkan, quien la acusó de usar un bastón estoque.

Shard había llevado consigo un periódico de la tarde. Lo desplegó y, acto seguido, lo puso en las manos de la muchacha.

—Lea —dijo—. En el cuerpo de Horkan se encontró un agujerito de unos dos milímetros de diámetro, a la altura del corazón. Un cuerpo extraño detuvo el movimiento de éste; pero la autopsia, meticulosamente realizada, no ha dado resultado alguno. El… dardo, aguja o lo que sea, no ha aparecido durante la autopsia. Y no salió del cuerpo de Horkan, porque no se encontró ningún orificio en su espalda.

—Es rarísimo —comentó Paula, después de leer la noticia—. ¿Qué pudo matar a Horkan?

Shard meneó la cabeza.

—No lo sé, pero hay veces en que pienso que esa mujer está dotada de poderes sobrenaturales —contestó—. Verá, hace unas noches, yo soñé… ¿Le ha enseñado ella el retrato de su nieta asesinada?

—No, no lo he visto todavía.

—Pídale que se lo enseñe, cuando vaya a visitarla. Flavia dice que el fantasma de su nieta

ronda por las habitaciones de la casa. Yo lo vi, aunque mejor estaría decir que soñé con el fantasma… —Prudente, Shard no quiso relatar el sueño en su totalidad—. Bien, poco antes de que usted fuese a visitarla, yo estaba pensando en ese fantasma. Flavia me adivinó el pensamiento. Entonces me contó la historia, a grandes rasgos, por supuesto, ya que no me dio detalles de la forma en que murió Charlotte, su nieta. ¿Lo comprende ahora?

—Sí —dijo Paula, muy preocupada—. Es un enigma difícil de aclarar…

—Usted es novelista —sonrió él—. Podría obtener un buen libro de todo este asunto.

—¿Lo cree así?

—¿Quién fue el que dijo que la realidad supera a la ficción?

Paula sonrió.

—Sí, es cierto —convino—. Tal vez se pueda obtener tema para un buen libro, pero ¿por dónde empezar?

—Muy sencillo: trate de averiguar cómo murió Charlotte Sutts. Y, si es posible también, las causas de su muerte.

—De acuerdo. Iré a la Jefatura de Policía de New City of Kathson. Es el nombre completo de la ciudad, pero la mayoría de la gente ha suprimido las dos últimas palabras —aclaró ella.

—Sí, lo he oído. Kathsonville es el núcleo original, pero cuando la región empezó a industrializarse, sus habitantes decidieron que el paisaje original se debía respetar a toda costa. Por tanto, factorías, industrias y comercios se establecieron en la ciudad nueva.

—Exacto. Supieron hacerlo bien, porque así, Kathsonville ha conservado el aspecto original, lleno de encanto… en su mayor parte. A pesar de todo, ya se edifican nuevas casas hacia el nordeste, aunque no sé por qué se habrá permitido esa alteración de las ordenanzas municipales.

—Especulación —calificó Shard, tajante—. Pero eso no nos interesa ahora. Cuando sepa algo, vaya a la colina.

—Usted seguirá allí.

—Sí, quiero que sea un buen retrato. Y eso no se consigue en un par de sesiones.

Paula le miró con simpatía.

—¿Piensa dedicarse un día a pintar por entero? —preguntó.

—Tengo en proyecto una exposición, aunque no tendré todos los cuadros listos sino hasta dentro de un año. Después de ver el resultado, tomaré una decisión.

—Pintar o…

Shard suspiró.

—Dibujar carteles publicitarios y portadas para novelas de aventuras —contestó.

* * *

En Kathsonville, cuatro personas empezaron a sentirse inquietas.

El primero de todos fue Ray Heare. Después de no pocas vacilaciones, decidió convocar a las cuatro restantes.

Aquella misma noche, se reunieron en un lugar apartado. Viajaron por parejas, en dos coches y se salieron de la carretera, hasta alcanzar un lugar donde no podían ser vistos.

Heare fue el primero en plantear la situación.

—Grays ha muerto horriblemente —dijo—. En cuanto a Daniel, ha desaparecido y no se tienen noticias de él.

—¿Sospechas que haya sido asesinado? —preguntó Rosalind Higgins.

—No me extrañaría en absoluto.

Ruth Merody se estremeció.

—Partido en dos… como un salchichón —dijo.

—Evita las metáforas —gruñó Dean Fuller, el cuarto miembro del grupo—. Esa clase de metáforas, por supuesto.

—Te guste o no, a Grays lo serraron limpiamente por la mitad. No me gustaría morir así, créeme —contestó la Merody.

—Dejemos ahora eso. Todavía estamos vivos…

Rosalind interrumpió a Heare.

—Por cierto, ¿qué misterio es ése? —preguntó—. Tu ayudante Horkan ha muerto misteriosamente y nadie sabe cómo ha sido.

—Sobre eso, tengo yo mis propias ideas, pero ahora lo que nos importa es averiguar qué diablos ha pasado con los otros dos. Ocurrió hace diez años, lo estuvimos preparando durante muchísimo tiempo, no podía fallar… y el dinero se volatilizó, para sus dueños y para nosotros.

—Charlotte lo sabía —dijo Fuller.

—Pero está muerta —alegó la Merody.

—¿Cómo puedes asegurarlo? —preguntó Rosalind.

—Armiston me llamó después de que todo quedó listo. Lo habíamos convenido así. Luego él y Dallas se largaron; era preciso que desaparecieran de la ciudad.

La respuesta de Fuller parecía satisfactoria. Pero Rosalind no acababa de convencerse del todo.

—¿Y si fue Charlotte la que te llamó en lugar de Armiston? —exclamó.

—¡Imposible! Yo conocía muy bien la voz de Armiston…

La Higgins lanzó una risita.

—¿Ya no te acuerdas lo que hacía Charlotte antes de unirse al grupo?

Fuller se puso rígido.

—Maldición, ella no pudo… Era una mujer contra dos tipos fornidos, experimentados…

—Sí, pero ¿quién sabía dónde estaba el dinero, aparte de ella? Primero, nos dio el cambiazo, recuérdalo. Cuando Armiston y Dallas se la llevaron, nosotros no sabíamos aún que Charlotte se había quedado con el dinero auténtico. Pudo convencerles de que la dejaran vivir, a cambio de una buena paga, ¿no os parece?

Heare se acarició el mentón pensativamente.

—Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta —convino—. Sobre todo, si pensamos que el cuerpo de Charlotte no ha aparecido jamás.

—Convendría averiguar dónde están Armiston y Dallas. Es raro que en diez años no hayan dado señales de vida —sugirió Rosalind.

—Bueno, si Charlotte los convenció a fuerza de billetes, parece lógico que no hayan querido saber más de nosotros —dijo Heare.

—De todas formas, es preciso investigar. Lo primero que hemos de hacer es hallar a Dallas y a Armiston.

—Y ellos nos dirán dónde está Charlotte.

—Exacto.

—Bien —intervino la Merody—. Ya hemos tomado una decisión. Ahora conviene que volvamos a Kathsonville. Heare se encargará de que alguien busque aquellos dos traidores. Mientras tanto, nosotros seguiremos haciendo vida normal. Es algo muy conveniente. Aún no se ha descubierto que tomamos parte en el asunto de los seiscientos mil. Ahora somos personas respetables y podríamos vernos en dificultades si se levantase la tapa del pastel.

La proposición fue aceptada por mayoría. Por parejas, tal como habían acudido al lugar de la reunión, volvieron a la aldea. Heare guardó silencio durante todo el viaje.

Pensaba en la misteriosa muerte de su acólito. Realmente, ¿se trataba de un caso de brujería?

CAPÍTULO VIII

La atmósfera del atardecer era dorada, diáfana, absolutamente quieta. Shard trataba de captar sus matices, antes de que oscureciese. La ventana iba a ser un elemento primordial en el retrato de Flavia Covington.

De pronto, se abrió la puerta.

—Hola, Boris —saludó Flavia—. No creí que estuviera pintando a estas horas.

—Aprovecho el tiempo —sonrió el joven—. ¿Puedo servirle en algo?

Flavia lanzó una risita.

—A mí, no, muchacho, ya soy demasiado vieja para ello —contestó—. Pero aquí hay una chica guapa que no rechazará la compañía de un hombre hasta la ciudad.

Paula asomó por la puerta y agitó una mano.

—¿Cómo está, señor Rembrandt? —exclamó alegremente.

Shard dejó los pinceles a un lado.

—Dejando aparte la exagerada comparación, muy bien —contestó. Se limpió las manos y caminó hacia la puerta—. ¿Tiene miedo a los lobos?

—Sí, de dos patas —rió Flavia—. Hemos estado tomando el té juntas, y charlando como cotorras… Paula, espero que no te moleste la comparación.

—No, por supuesto —contestó la joven—. Eso es lo que hemos hecho, realmente.

—Muy bien, la acompañaré hasta la entrada de la aldea, señorita Gordon.

—Pero, qué jóvenes tan remilgados… ¿Por qué no se llaman por sus nombres, como deben hacer las personas de su edad? —exclamó Flavia.

Shard miró a la muchacha.

—Bien, Paula, cuando quiera —dijo.

—Sí, Boris.

Flavia suspiró.

—¡Qué envidia me dan, muchachos! —se lamentó.

Paula y Shard abandonaron la casa. A cincuenta o sesenta metros, Paula dijo:

—Ya sé la historia de Charlotte, Shard.

—Interesante. Cuéntemela, por favor.

—Llegó a New City hará once años. Trabajaba en una sala de fiestas, con un prestidigitador y ventrílocuo. Hacían números de imitación física de personas y voces de personajes célebres, además de los clásicos juegos de mano. No era la pareja vulgar, el prestidigitador y su bella ayudante, sino que ambos desarrollaban un número en común, digamos al cincuenta por ciento. Tenían un éxito loco, según he oído.

—Bien, ¿qué más?

—A los cuatro meses, se separaron. Ignoro por qué, pero lo cierto es que Charlotte dejó de trabajar y se colocó como secretaria en una empresa muy importante. Estuvo unos ocho meses y resultó ser una empleada tan eficiente como buena artista. Un día desapareció… y al siguiente, en la empresa se echaron a faltar nada menos que seiscientos mil dólares en billetes de Banco.

Shard silbó largamente.

—Un buen pellizco —comentó—. Siga, Paula.

—Se supone que Charlotte fue asesinada, porque en las pesquisas que se hicieron, sobre todo después del robo del dinero, se llegó a averiguar que había sido vista en compañía de dos sujetos llamados George Armiston y Dallas Kid, ambos notorios hampones, a sueldo del dueño de la sala de fiestas donde había trabajado ante la artista. Ni Armiston ni Dallas han vuelto a ser vistos jamás.

—Un misterio indescifrable, ¿eh?

—Hasta cierto punto, Boris.

—A ver, explíquese.

Paula se detuvo. Un rayo de sol dio de lleno en sus cabellos castaños, confiriéndoles color de oro puro. Shard se dijo que Paula sería una modelo ideal para un buen cuadro.

—Boris, sospecho que Charlotte está viva —dijo ella.

Shard hizo un gesto de sorpresa.

—Quizá, lo más correcto sea decir que lo presiento —añadió Paula—. Era una chica muy lista, tuvo que serlo a la fuerza, para «limpiar» la caja fuerte de la empresa donde trabajaba.

—¿Pudo hacerlo?

—Debía de tener unos dedos muy sensibles. Era también prestidigitadora, ¿no lo recuerda?

—Sí —murmuró él, muy pensativo.

Si Charlotte vivía, la hermosa mujer que había ido a su habitación, ¿era un fantasma o un ser de carne y hueso?

—Seguiré investigando —dijo Paula—. Este enigma me fascina, se lo aseguro, Boris.

Poco después, llegaron a la entrada de la aldea. Shard se despidió de la muchacha.

—El tiempo estaba muy atractivo —sonrió ella—. Fue un pretexto ideal para visitar a la señora Covington.

—Empléelo siempre que pueda —aconsejó él.

Mientras regresaba a la casa, pensó en la misteriosa muerte de Horkan.

¿Era Flavia una bruja?

Tal vez lo habría creído de hallarse presente en la habitación privada de Flavia en aquellos instantes. La dueña de la casa estaba con Jadkins, quien sostenía en las manos una caja, dentro de la cual había una perfecta reproducción de un ataúd.

Una figurita humana reposaba en el interior del ataúd. Flavia se quitó del pelo una aguja y atravesó el pecho de la figura.

Luego devolvió todo a Jadkins.

—Envíalo a quien ya sabes —dijo.

—Sí, señora —contestó el criado.

* * *

Dos días más tarde, Ray Heare recibió un paquete. Después de rasgar la envoltura, lo abrió. El objeto que había en el interior de la caja le hizo dar un salto en el asiento.

Su frente se llenó de sudor. Al cabo de unos momentos, temblando de pánico, levantó la tapa

del pequeño ataúd, que no mediría más allá de treinta centímetros.

Casi chilló al verse reproducido a sí mismo en aquella diminuta estatua, cuyo pecho se hallaba atravesado por un grueso agujón, con cabeza de oro. Durante largo rato, contempló el macabro espectáculo, temblando convulsivamente de pies a cabeza.

Luego, poco a poco, se fue recobrando. No era más que una broma macabra. Sí, conocía ciertas historias de vudú, la brujería de las figuritas atravesadas por un alfiler…, pero eso no sucedía más que en las historias de terror.

De todas formas, se dijo, le convenía conocer al autor de la broma, para devolvérsela, con una buena paliza. Jay Horkan había sido su hombre de confianza, pero en el Golden Stork tenía un par de ellos que obedecerían sus órdenes sin hacer demasiadas preguntas.

Examinó la envoltura del paquete. Había sido enviado por correo. El remitente era un tal F. Smith, hospedado en la Western Inn.

Minutos más tarde, sin inmutarse, comprobaba que no había ningún F. Smith hospedado en la antigua posada de la aldea, ahora convertida en un lujoso y típico parador. Pero aún le quedaba la estafeta de Correos.

—Sí, recuerdo muy bien al remitente, señor Heare —dijo el funcionario cortésmente. Heare era una personalidad demasiado importante como para no facilitar una información que, bien mirado, no era divulgación de ningún secreto oficial—. Era alto, corpulento y de pelo muy rubio. Ojos azules, simpático… No, nunca le había visto en Kathsonville, pero me pareció un hombre amable y muy educado…

Heare se marchó con la sonrisa en los labios. Por dentro, echaba pestes.

Pero se sentía preocupado.

¿Iba a morir como Horkan?

* * *

Shard despertó de repente. Una vez más, no estaba solo en su habitación.

Charlotte, más seductora que nunca, avanzaba hacia él, los brazos extendidos y la sonrisa en los labios. Si era un fantasma, pensó Shard, nunca había visto uno tan bello.

Despertó muy tarde. El sol estaba ya bastante alto cuando, enervado y lleno de una extraña languidez, pasó al cuarto de baño.

La ducha fría y un sólido desayuno, le tonificaron considerablemente. Pero durante toda la mañana, mientras daba pinceladas en el cuadro, en los lugares donde no iba a reproducir la figura de Flavia, estuvo pensando en el fantasma.

Por la tarde, Flavia posó durante algunos minutos. Al cabo de un rato no muy largo, dijo que se sentía algo cansada y se despidió del joven.

Shard suspendió el trabajo. Realmente, la decisión de Flavia había sido muy acertada. Tampoco él tenía demasiadas ganas de pintar aquella tarde.

Pasó un par de horas en la biblioteca, leyendo un libro. Luego, con el sol ya en el ocaso, pasó al comedor.

Descorrió las cortinas. El retrato de Charlotte apareció ante sus ojos.

Y, una vez más, se preguntó si había soñado o la verdadera Charlotte había ido a visitarle.

Las ropas que llevaba el fantasma no eran las mismas que aparecían en el cuadro. Su amigo Mowbry, se dijo, había tenido un gusto pésimo en la elección del vestido.

O tal vez había sido cosa de la abuela de Charlotte, al entregarle una fotografía en la que la chica aparecía con el vestido de color rosa.

Al cabo de un rato, corrió las cortinas de nuevo. Luego, con la vista, buscó la mesita en el que había servicio de licores.

De pronto, reparó en algo inesperado.

Flavia se había olvidado su bastón, que se hallaba apoyado en la mesita. Shard dio un par de pasos y se apoderó del bastón.

Examinó la contera. Allí no había la menor señal de que un arma afilada pudiera salir por el impulso de un resorte. Entonces, ¿por qué se había quejado Horkan de que algo le pinchaba en el estómago, cuando hablaba con Paula a la puerta del Juzgado?

De pronto, oyó pasos. Dejó el bastón en el mismo sitio y tomó una botella.

Flavia abrió la puerta.

—Hola, Boris —dijo—. Soy una descuidada; olvidé antes mi bastón…

—Eso es que se siente mejor y no lo necesita —sonrió el joven.

—Sí, pero la costumbre no se va tan fácilmente. ¿Puede ponerme un dedito de *brandy*?

—Oh, claro, cómo no.

Shard entregó la copa a la dama. Ella le miró con ojos maliciosos.

—¿Por qué no comenta mi petición de un trago? —dijo.

—Señora Covington, me encantan las personas que no ocultan sus pequeñas debilidades —contestó él—. Me disgustaría mucho más si usted bebiese a escondidas.

Los ojos de la anciana chispearon.

—Es usted un hombre encantador —dijo—. A su salud… y para que encuentre en Paula la pareja que necesita para vivir una vida larga, próspera e infinitamente dichosa.

Shard se echó a reír.

—¡Pero ni siquiera estoy enamorado de ella! —exclamó.

—Muchacho, cuando se llega a mi edad, se tiene una doble vista, se adivina el pensamiento… y hasta el futuro de las personas.

—¿Incluidas las muertes de dos jóvenes atracadores?

Flavia continuó sonriendo.

—Incluso lo que ha mencionado, Boris —contestó sin pestañear.

* * *

Ruth Merody entró en el despacho de Heare y se sentó con toda desenvoltura en uno de sus ángulos. Era una mujer todavía joven, unos treinta y seis años, de busto opulento y mirada llena de experiencia y de malicia.

—Estás preocupado, Ray —dijo.

Heare asintió con un gruñido. No le preocupaba que la Merody acudiese a su despacho del

Golden Stork. Su vida de trabajo y la familia estaban completamente disociadas. Además, tras la muerte de su hijo, su esposa se había ido a pasar unas semanas en compañía de su madre.

Estaba solo en la ciudad, pero, como había dicho Ruth, se sentía terriblemente nervioso.

Ruth puso un cigarrillo en una larga boquilla de marfil y lo encendió con gesto sofisticado.

—¿A qué se debe tu nerviosismo, Ray?

—Primero, dime una cosa: ¿se sabe algo de Dallas y Armiston?

—No. Parece como si se los hubiese tragado la tierra. He recurrido a algunos antiguos amigos, pero sin resultado.

—Está bien, en realidad, no han pasado muchos días. Podemos esperar, aunque quizá yo…

—¿Qué te pasa, Ray? ¿Por qué no eres sincero de una vez?

Heare tiró de uno de los cajones de su mesa y sacó algo, que puso a la vista de su visitante. Ruth lanzó un chillido.

—¡Un muñeco embrujado!

—Sí. Y soy yo, así que fíjate qué porvenir me espera…

Ella, muy pálida, le miró fijamente.

—¿La misma muerte que Horkan? —dijo.

Heare asintió pesadamente.

—Ruth, no sé por qué ni quién lo va a hacer…, pero en estos momentos estás hablando con un condenado a muerte —dijo con lúgubre acento.

La mano de Ruth subió hasta su garganta.

Peter Grays había muerto horriblemente, partido en dos. Daniel había desaparecido. Era de suponer que hubiese padecido la misma muerte que el otro.

Ahora era Heare el amenazado.

—¿Cómo moriré yo? —se preguntó, acongojada.

CAPÍTULO IX

Aquella noche, durante la cena, Shard procuró ser parco en la bebida y sólo tomó un poco de agua mineral. En las noches precedentes, había bebido vino. Era posible que el vino contuviese alguna droga y quería evitar las alucinaciones que ello le producía.

La noche transcurrió con entera normalidad. Cuando bajó a desayunar, Jadkins le anunció que aquella mañana, la señora no posaría para el retrato.

—Tengo órdenes de llevarla a New City —añadió después.

—Oh, muy bien —respondió Shard—. Aprovecharé para dar un largo paseo por los alrededores. Tengo deseos de estirar las piernas.

—Si tardamos en regresar, el señor podrá prepararse algún bocadillo de los víveres que hay en el frigorífico.

—Lo tendré en cuenta, muchas gracias, Jadkins.

Shard desayunó con magnífico apetito. A medida que avanzaba el tiempo, se convencía más y más de que, por lo menos, en dos ocasiones, había sido drogado.

En aquellas dos ocasiones, había visto el fantasma de Charlotte.

Pero ¿se había limitado solamente a verlo? ¿No era un ser cálido, palpitante, lleno de vida y ardor pasional?

¿Había que pensar que Charlotte no sólo no había muerto, sino que estaba viva y, además, oculta bajo una identidad que sólo ella podía conocer?

«Y también Jadkins, el criado leal», pensó.

Terminó de desayunar. Elogió, una vez más, las habilidades culinarias de Jadkins y se dirigió a la salida.

—Voy a pasear —anunció jovialmente.

Shard se alejó cosa de un kilómetro, hasta llegar a una colina boscosa, desde la que se dominaba en parte el caserón y el camino que conducía a Kathsonville. Aguardó pacientemente casi una hora, hasta que vio salir el Rolls amarillo y cuando estuvo seguro de que había rebasado ya la aldea, emprendió el camino de regreso a la mansión.

Jadkins había dicho, aunque no de una manera explícita, que estarían fuera bastante rato, al menos, eso significaba la indicación de que podía prepararse bocadillos por sí mismo. Por tanto, tenía tiempo de violar algunas de las prohibiciones de Flavia.

Era un riesgo bastante grande el que iba a correr, pero merecía la pena, se dijo.

* * *

El hombre estaba sentado en su mesa de despacho. Ray Heare se sentía terriblemente preocupado.

La figurita que le habían enviado seguía en el mismo sitio. Heare no creía en supersticiones, pero había oído ciertas leyendas que ahora le ponían los pelos de punta.

Una vez, vio una película cuyo tema era precisamente el envío de muñecos atravesados por

alfileres. ¿Podía ocurrir eso en la realidad?

Atraído de una forma morbosa por el ataúd con la figurita, lo sacó del cajón y lo contempló atentamente durante unos segundos. De repente, sintió un agudísimo dolor en el corazón.

Su boca se torció en un gesto de indescriptible sufrimiento. Estuvo inmóvil un instante, como si fuese a ponerse en pie, pero empezó a caer hacia delante. Finalmente, quedó apoyado de bruces sobré la mesa, con la mano cerrada sobre el ataúd que contenía su propia efigie, atravesada por un agujón con cabeza de oro.

El Rolls amarillo rodó lentamente hacia la carretera. De New City, confundido con los demás vehículos, venía un automóvil de pequeño tamaño, conducido por una mujer.

Paula Gordon divisó a lo lejos, a la derecha de la carretera, el edificio cúbico del Golden Stork, el lugar donde había debido cantar, de haber obedecido las órdenes de su dueño. Un coche antiguo, de color amarillo, salía en aquellos momentos de la explanada donde estacionaban los automóviles de los clientes de la sala de fiestas.

Paula contuvo el aliento. El Rolls era inconfundible. ¿A qué había ido Flavia al Golden Stork?

Podía haber pasado fácilmente al coche amarillo, pero, prudente, prefirió mantenerse a una discreta distancia, siguiéndolo sin ser advertida. Tendría que hablar con Shard; había averiguado todavía más cosas en New City y estimaba que el pintor debía conocer el resultado de sus investigaciones.

El automóvil de Flavia atravesó la aldea y siguió adelante, en dirección a la Colina Roja.

Paula paró su coche frente a una cabina telefónica y se apeó corriendo. Marcó el número de la casa de Flavia y esperó.

La voz de Shard sonó en sus oídos, después de un tiempo que le pareció increíblemente largo.

—¿Quién es?

—Boris, soy Paula. Tengo que hablarle, aunque será mejor que busquemos la ocasión propicia.

—¿Alguna información interesante?

—Sí, pero no quiero decirle más por teléfono. La señora Covington está a punto de llegar. He visto su coche de vuelta a la mansión.

—Gracias, Paula. Mañana almorzaremos en el restaurante de la estación de servicio.

—De acuerdo.

Shard colgó el teléfono, saltó hacia uno de los estantes, agarró un libro y se sentó a leer. A través de la ventana de la biblioteca, se divisaba ya el Rolls, acercándose a la casa.

Poco después, se apeó Flavia. Jadkins sostenía la portezuela. Shard observó que Flavia se apoyaba en su bastón, como de costumbre.

Pero él había visto uno idéntico en su dormitorio. No había entrado en la estancia, cerrada con doble vuelta de llave. Sin embargo, en la parte posterior, había encontrado una vieja escalera, que le había permitido llegar hasta una de las dos ventanas de la estancia.

Las ventanas estaban también cerradas y él no tenía ninguna habilidad peculiar para abrirlas sin que su dueño lo notase después. Por tanto, se había visto obligado a mirar desde el exterior.

El dormitorio, salvo su decoración antigua, no ofrecía nada de notable. Sin embargo, había podido ver el bastón, inconfundible por su forma, apoyado junto a un sillón.

Y ahora, ella usaba otro bastón. Había dos por tanto.

¿Era uno de ellos el bastón estoque mencionado por el difunto Horkan?

Flavia y Jadkins entraron en la casa.

—Prepara el segundo muñeco, Jadkins —ordenó la anciana con voz neutra.

—Sí, señora.

Shard se asomó a la puerta de la biblioteca con la sonrisa en los labios.

—¡Hola! —saludó alegremente.

Flavia se detuvo para mirarle.

—¿Se ha aburrido, Boris? —preguntó.

—Oh, no, estuve paseando casi todo el tiempo. Llegué hace poco y me senté en la biblioteca para leer un rato.

—¿Se siente en condiciones para pintar un poco esta tarde?

—Estoy aquí para complacerla, señora Covington —sonrió el joven.

—Yo me siento un poco cansada, Boris. A las tres estaré lista.

—Bien, señora Covington.

* * *

Al día siguiente, poco después de las doce, Shard se sentó frente a Paula. Había sombras en el rostro de la muchacha, que daba señales de gran preocupación.

—¿Y bien? ¿Cuáles son las noticias que tiene que comunicarme? —preguntó, tras los primeros saludos.

—¿Ha leído el diario?

—Sí. Heare ha muerto. De la misma manera que Horkan, aunque esta vez el proyectil inencontrable entró por la espalda.

—Además, encontraron en su despacho un pequeño ataúd, con la figura de una persona, cuya cara reproducía con toda fidelidad sus facciones. El pecho de la figurita estaba atravesado por un agujón con cabeza de oro.

—¿Hechicería vudú?

—Teóricamente, sí…, pero estos misterios suelen tener una explicación más sencilla, aunque no por ello deje de tener ciertas complicaciones.

—Estoy de acuerdo con ello. A mí, sin embargo, me preocupa ese proyectil misterioso. En el caso de Horkan, no fue hallado.

—Es de suponer que ahora sucede lo mismo, Boris. Pero ¿quién puede tener interés en presentar un supuesto caso de brujería vudú?

—Deme las noticias que ha conseguido y puede que encuentre alguna respuesta.

—Casi la tengo yo, Boris —manifestó la muchacha—. Hace diez años, había una especie de sociedad, compuesta por seis personas: Peter Grays, Mitchell Daniel, Ray Heare, Dean Fuller y dos mujeres, llamadas Rosalind Higgins y Ruth Merody. Explotaban tres o cuatro locales de New City, incluido el Golden Stork, y ninguno de ellos, debo decirlo, tenía demasiada buena fama. Hubo un par de muertes violentas, por arma de fuego, de supuestos competidores de esa sociedad, un caso de pandillas, en suma, aunque no se les pudo probar nada. Después, parece ser,

abandonaron esas actividades más o menos legales, dedicándose a otras profesiones honestas.

»Si las tomaron como tapadera o no, es algo que ignoro. Puede decirse que a partir del robo de los seiscientos mil dólares en la empresa, esas seis personas volvieron a la vida honrada, excepto, tal vez, Heare, quien continuó con el Golden Stark. Pero sí se sabe que Charlotte Sutts tuvo relación con ellos, incluso después de que dejara su profesión de artista.

Shard se frotó la mandíbula con gesto vigoroso.

—Supongamos que Charlotte está viva —dijo—. Puede tratarse de una venganza. Dos de los miembros de la sociedad han muerto y uno ha desaparecido y no se sabe absolutamente nada de él.

—¿Venganza? ¿Por qué? Si admitimos que ella se quedó con el dinero…

—¿No dieron orden de asesinarla?

—Bien, pero ella consiguió salvarse, Boris.

—¿Cómo podemos saberlo? Cabe la posibilidad de que alguien conozca la historia y trate de hacer creer que Charlotte sigue con vida.

—Estamos olvidando lo principal —dijo Paula.

—¿Sí?

—La abuela de Charlotte.

Shard asintió.

—Es cierto —convino—. Nos habíamos olvidado de Flavia. Siempre ha demostrado un enorme cariño por su nieta. Y quizá ahora quiera vengar su muerte…

—Haciendo creer, de paso, que Charlotte sigue viva.

—Es posible. Pero ¿qué fue de los dos pistoleros que debían ejecutarla? Se llamaban Armiston y Dallas Kid.

Paula hizo un gesto de desaliento.

—¿Cómo averiguarlo? —contestó.

Callaron un momento. Luego, Shard dijo:

—Tal vez resultaría interesante conversar con alguno de los supervivientes, pero, en todo caso, lo haría yo.

—No es mala idea. ¿Cuándo, Boris?

—Tendré que buscar la ocasión propicia. Ahora, me imagino, deben de sentirse llenos de terror por una venganza cuyas causas, creo, no alcanzan a comprender totalmente.

CAPÍTULO X

—¡Es la Bruja de la Colina Roja! —gritó Rosalind Higgins.

Las manos de Ruth Merody, habitualmente tan serena, temblaban de forma perceptible.

—Tendríamos que deshacernos de esa mujer —dijo.

—¿Quién lo haría? —preguntó Fuller.

—En el Golden Stork, hay un par de muchachos decididos a todo. Bastaría con que se les pagase bien…

La propuesta de Rosalind fue desechada inmediatamente.

—Tenemos que hacerlo nosotros —dijo Fuller malhumoradamente—. Éste es un asunto en el que nadie más debe tomar parte.

—De acuerdo —expresó Ruth—. Pero ¿cómo?

—Atraerla a una emboscada…

—No —contradijo la Merody—. Hemos de ir a su casa. Por supuesto, sin que nadie lo sepa. Podemos llegar por la parte de atrás, para no ser advertidos.

—Hay un inconveniente —indicó Fuller.

—¿Cuál? —preguntó Rosalind.

—El pintor. Es un tipo que no tiene que ver nada con este asunto. Lo mejor es que lo dejemos fuera.

—Sí, pero ¿hasta cuándo permanecerá en la Colina Roja? —dijo Rosalind.

—Está pintando un cuadro a la bruja. Deberíamos buscar el medio de alejarlo de allí.

—Yo podía encargarme del asunto —sonrió Ruth, a la vez que elevaba su mano derecha para atusarse el cabello, en un gesto encaminado a destacar las curvas del busto opulento.

Fuller se mostró renunciante a la solución.

—Deberíamos averiguar detalles de ese pintor —dijo—. Entonces, una llamada telefónica en el momento adecuado, podría alejarlo del caserón de la Colina Roja.

—En todo caso, que sea rápido. No disponemos de mucho tiempo —manifestó Rosalind.

Un estremecimiento sacudió los cuerpos de aquellas tres personas. Se sentían condenados a muerte y, en su interior, tenían la convicción de que, por más esfuerzos que hicieran, no podrían evitarlo.

—Además, está Jadkins, el mayordomo negro —dijo Fuller de pronto—. Debe de serle terriblemente fiel y la defendería con uñas y dientes.

—Jadkins también morirá —exclamó Rosalind belicosamente.

De pronto, Ruth lanzó una agria carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Fuller.

—De nosotros mismos. —Bruscamente, la risa de Ruth se trocó en un amargo sollozo—. Somos el objeto de una venganza por algo que sucedió hace diez años y de lo que, pensando hacernos ricos, no obtuvimos el menor provecho.

Fuller pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Charlotte está viva! Pero no por mucho tiempo —exclamó, lleno de cólera.

* * *

La casa de la Colina Roja permanecía en absoluto silencio.

Shard había dormido unas cuantas horas. Como la noche anterior, se había abstenido de probar el vino en la cena.

Despertó y consultó en la oscuridad la esfera luminosa de su reloj de pulsera.

Las tres y media de la mañana. Era el momento adecuado, se dijo, mientras echaba a un lado las ropas de la cama.

No encendió la luz. En Kathsonville había comprado una pequeña linterna de pilas, con la que se alumbró para vestirse y salir de su dormitorio.

El edificio permanecía completamente a oscuras. Shard usaba unos mocasines blandos que no causaban el menor ruido. Descendió a la planta y se acercó a la puerta que daba al dormitorio de Jadkins.

Abrió con infinito cuidado. El haz de rayos luminosos de la lámpara alumbró una cama vacía, sin tocar siquiera.

¿Dónde estaba Jadkins?

Estudió la habitación, bastante amplia. De pronto, vio algo en uno de los rincones.

Con la luz del techo, no lo habría advertido. Ahora puesto que los rayos luminosos tenían una oblicuidad considerable, podía ver el ligero borde de lo que parecía la tapa de un pozo cuadrado, situado debajo de una panzuda consola, tal vez la imitación de un mueble antiguo, pero, en todo caso, de un dudoso valor artístico. Puso la linterna en posición vertical, hacia abajo, y la raya que señalaba los límites de la tapa, desapareció.

¿Valía la pena ver adonde daba aquella tapa?

Un segundo más tarde, había desechado sus vacilaciones. La consola era menos pesada de lo que aparentaba y la hizo girar en silencio a un lado.

La tapa de aquel supuesto pozo medía unos ochenta centímetros de lado. Arrodillado, Shard tanteó los bordes. De pronto, oyó un leve chasquido.

La tapa casi le golpeó en la cara al girar hacia arriba. Retrocedió el torso vivamente, comprendiendo que había presionado el resorte que permitía liberar el muelle de apertura.

Debajo de él se abría una oquedad vertical, cuya profundidad no se podía apreciar a primera vista. Un extraño olor, desagradable, aunque no penetrante, brotó en el acto del hueco.

El pozo era algo más ancho que su brocal. Shard casi se tumbó y alargó el brazo con la linterna. De pronto, vio unos objetos blancos.

Tardó algunos segundos en darse cuenta de que eran unos huesos humanos. Dos calaveras reían silenciosa y burlonamente en el fondo del pozo.

Shard vio también algo más; jirones de ropa podrida, evidentemente de trajes de hombre, y dos pistolas herrumbrosas, entre los huesos, situados a unos diez metros de distancia.

En aquel momento, adquirió la convicción de que estaba contemplando los restos de los dos pistoleros desaparecidos, Armiston y Dallas Kid. Alguien les había dado muerte, arrojando luego sus cadáveres al fondo del pozo, junto con las pistolas, que podrían delatar al autor del hecho.

La deducción era clara: Charlotte había matado a los pistoleros que tenían orden de ejecutarla.

Pero ¿cómo una hermosa muchacha, de aparente fragilidad física, había podido derrotar a dos avezados pistoleros?

Tras unos segundos de reflexión, bajó la tapa de nuevo y presionó hasta cerciorarse de que el pestillo funcionaba automáticamente. Se puso en pie y volvió la consola a su sitio. Terminada la operación, se dispuso a abandonar el dormitorio.

Llegó al salón. Entonces, oyó pasos en el corredor superior.

Apenas si tuvo tiempo de saltar a unas cortinas, tras las cuales se escondió precipitadamente. Alguien bostezó aparatosamente a unos metros por encima de su cabeza.

«¿Jadkins?», pensó.

Un hombre descendió la escalera. Momentos después, pasó a dos metros escasos del lugar donde se hallaba el pintor.

Shard se quedó estupefacto.

Aquel individuo no era Jadkins.

Se trataba de un hombre todavía joven, unos treinta y ocho o cuarenta años, alto, ancho de hombros, tremendamente robusto y de pelo muy rubio. El desconocido volvió a bostezar y luego se metió en el dormitorio de Jadkins.

Shard permaneció todavía largo rato en el mismo sitio, en la oscuridad, sin atreverse a abandonar su escondite. Estaba seguro de morir si era descubierto.

Casi media hora después, se atrevió a encender la linterna. Profundamente conturbado, subió a su habitación. Se metió de nuevo en la cama, pero ya no pudo conciliar el sueño.

Era demasiado lo que había visto: los esqueletos de Dallas Kid y Armiston, el hombre alto y rubio…

El nuevo día llegó y sus pensamientos no se habían aclarado del todo. Estaba enervado, con la mente convertida en un confuso torbellino de mil ideas, todas ellas contradictorias.

Jadkins le sirvió el desayuno por la mañana, con la cortesía y prontitud que le eran peculiares. Shard procuró que el mayordomo no se diese cuenta de que lo observaba penetrantemente.

Ya no le cabía la menor duda: Jadkins era el misterioso hombre rubio que había visto descender del piso superior durante la madrugada.

¿De dónde venía aquel hombre?

En todo caso, no había, no podía haber más que una respuesta. Aquel hombre había estado en el dormitorio de Flavia.

Una cosa era segura: ni siquiera la pintura de color bastaba para disfrazar los rasgos fisonómicos. Pero era preciso reconocer que la caracterización estaba maravillosamente conseguida.

* * *

El cuchillo afilado cortó el cuello de la figurita, cuyo rostro era una exacta reproducción del de Ruth Merody.

—Envíalo, Jadkins —dijo Flavia con voz neutra.

—Sí, señora —contestó el hombre.

En aquellos momentos, Shard conversaba con Paula, en la casita que ésta había alquilado en Kathsonville.

—Armiston y Kid murieron —dijo él.

—Tenía que haber ocurrido algo parecido —contestó la muchacha—. Pero ¿cómo los mató Charlotte?

Shard tomó un sorbo de la copa que ella le había servido.

—A mi entender, hay dos posibilidades —contestó—. Una de ellas, fue que Charlotte los sorprendió descuidados. No olvidemos que tenía una gran habilidad con las manos. ¿Qué hubiera ocurrido si ella se apodera de una de las pistolas de los sujetos?

—Sabiendo que iba a morir, empezaría a tiros con ellos.

—Indudablemente. Pero sólo pudo apoderarse de una pistola, merced a su ligereza de dedos. El otro hampón tuvo tiempo para reaccionar y defenderse.

—Es probable —convino Paula—. ¿Cuál es la otra posibilidad?

—Los engañó.

—¿Cómo?

—Habían desaparecido seiscientos mil dólares. Los tenía ella, indudablemente. Creo que cegó a los pistoleros con el señuelo del reparto del botín. Entonces, aprovechó un descuido…

—Es la hipótesis que aparece más ajustada a la realidad. Luego huyó.

—Tras haber lanzado los cuerpos al pozo, donde han permanecido, y permanecen todavía, después de diez largos años.

—¿Qué edad tenía Charlotte cuando ocurrió aquello? —inquirió Paula.

—Veinticuatro años.

—Por tanto, si vive, ahora tiene treinta y cuatro. Todavía es una mujer muy atractiva.

—Sí, pero ¿cómo aparece con el aspecto de una vieja de setenta años, débil y encorvada?

—¿Acaso no recuerda ya su habilidad para imitar no sólo las voces, sino el aspecto de personajes famosos?

—Entonces, el rostro que vemos es una máscara.

—Sí, Boris.

—Hay otra cosa… y casi me da rubor decirlo…, pero me parece que no se puede ocultar tan fácilmente.

Paula sonrió.

—Vamos, Boris, sea valeroso —dijo—. No soy ya una chiquilla.

—El pecho —contestó él—. En el retrato, se ve que Charlotte es una mujer muy bien conformada anatómicamente. Su escote es… muy atractivo.

—Sí, lo recuerdo. Usted quiere decir que… en Flavia no se ve sobresalir…

—Exactamente, Paula.

—Aguarde un momento —sonrió la muchacha.

Paula se retiró a su habitación. Minutos más tarde, salió con otro vestido, algo más holgado, y apoyada en un paraguas, encorvada un tanto hacia delante y con la mano izquierda en el costado del mismo lado.

—¿Qué relieves ve ahora, Boris?

Shard chasqueó los dedos.

—Justamente —exclamó—. Así, con el busto oprimido e inclinada hacia delante…

—Y no olvide tampoco la pechera holgada de los vestidos que ella usa habitualmente. Eso puede disfrazar mucho, ¿comprende? —dijo Paula, a la vez que se erguía de nuevo.

La muchacha se retiró de nuevo a su habitación. Shard se puso en pie y, con el vaso en la mano, se acercó a la ventana, desde la que se divisaba una buena extensión de la calle.

Realmente, Kathsonville era una aldea encantadora, apacible, donde el tiempo, en cierto modo, parecía haberse detenido. Shard empezó a pensar si no le convendría hacer algo como Paula, establecerse allí de un modo definitivo.

La joven regresó de nuevo a la sala.

—¿Qué mira, Boris? —preguntó.

—Nada, la calle. Esta aldea me gusta mucho. Quizá un día me quede a vivir aquí.

—¿Por qué no lo hace ya? ¿Qué se lo impide?

—Estoy preparando una exposición. La tendré lista para el año próximo. De su resultado dependerán muchas cosas para mí.

—Le auguro un gran éxito —sonrió ella—. ¿Presentará en la exposición el retrato de la señora Covington?

—Si ella me concede permiso…

—Una mujer extraña —comentó Paula—. ¿Es o no es Charlotte?

—A mí hay otra cosa que me preocupa más. Si es Charlotte, ¿por qué quiere vengarse al cabo de diez años? Consiguió salvar la vida, según creemos; por lo tanto, burló los designios de sus enemigos. ¿Qué objeto tendría ahora la venganza?

—Quizá el rencor se ha acumulado en su alma al cabo de todo este tiempo —sugirió la muchacha.

—Es posible. —De pronto, Shard lanzó una exclamación—. ¡Eh, mire!

Paula corrió hacia la ventana. Shard extendió un brazo.

—Cuidado, que no la vea —indicó.

—Pero ¿quién es?

—Jadkins, sólo que ahora es blanco y rubio.

Paula miró con precaución hacia la acera del otro lado de la calle. Un hombre alto, bien parecido, caminó unos pasos y, de pronto, desapareció en la frontera oficina de Correos.

CAPÍTULO XI

Silbando alegremente, Shard entró en la casa. Flavia, sentada en un butacón, con un libro en las manos, le miró por encima de sus antiparras.

—¿Buen humor? —dijo.

—Sí. He almorzado con Paula. Es una chica encantadora —contestó él sonriendo.

—Les tengo una envidia enorme —manifestó ella—. ¿Habrá hoy sesión de pintura?

—En todo caso, tiene que cambiarse de vestido, señora Covington.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Mañana. El tiempo no importa —dijo, levemente desdeñosa.

—Muy bien, como guste. Con su permiso, voy a mi habitación.

Shard subió las escaleras de dos en dos, sabiéndose observado por la anciana. Se preguntó cómo debía actuar. ¿Convenía hacerla saber que estaba enterado de su secreto?

Llegó a su dormitorio y cerró con llave, procurando no hacer ruido. Luego se acercó a la ventana, cuyas cortinas corrió, dejando solamente una rendija para poder observar el exterior.

Transcurrió media hora. La silueta de un hombre se hizo visible a lo lejos, entre los árboles.

El sujeto se acercó a la casa. Luego, de pronto, se desvió.

Shard sonrió para sí. Había adivinado la maniobra.

Ahora, Jadkins entraría en la casa por la puerta trasera. Se caracterizaría nuevamente y, minutos más tarde, volvería a ser el criado negro, discreto, silencioso y eficaz.

Abandonó la ventana. Muy despacio, entreabrió la puerta y escuchó.

—¿Jadkins? —llamó Flavia.

—Estoy aquí, señora —se oyó la voz del hombre.

—¿Has cumplido mi encargo?

—Sí, señora, tal como usted lo ordenó.

Sonó una risita.

—Espero que Ruth Merody reciba mañana el paquetito. Sería una buena sorpresa —dijo Flavia.

—Sí, señora, una buena sorpresa.

La voz de Jadkins partía de su cuarto. Shard se lo imaginó, embadurnándose cara y manos con aquel tinte que le hacía cambiar de un modo tan radical.

Debía de ser una magnífica pintura, pensó. La peluca, con el cabello negro y muy rizado, estaba igualmente conseguida. Los ojos azules podían disfrazarse con unas lentes de contacto debidamente coloreadas.

Shard esperó todavía un buen rato. Bajó al salón, cuando estuvo seguro de que Jadkins había terminado su caracterización. Pero ¿quién era Jadkins?

* * *

El chillido brotó de la garganta de Ruth Merody de modo instintivo.

Sus ojos amenazaron con salirse de las órbitas. La figurita que reproducía su imagen le causaba un vivísimo horror.

Había una línea roja en el cuello. Ruth se pasó una mano por la garganta.

De pronto, llamaron a la puerta.

Ruth tembló un instante. Luego se acordó de que tenía un arma.

Era un revólver de pequeño calibre, pero que podía resultar mortífero a corta distancia. Empuñándolo con decisión, se acercó a la puerta y abrió.

Ruth se asombró al ver a una pareja, hombre y mujer, en el umbral. Los dos le resultaban absolutamente desconocidos.

—Baje el arma, señora Merody —dijo Shard—. No venimos a causarle ningún daño.

—Sólo tratamos de ayudarla —añadió Paula.

Ruth se echó a un lado.

—Confío en que vengan con intenciones amistosas —dijo—. De lo contrario…

—Puede estar segura de que no le causaremos el menor daño. Y, a propósito, le presento a Paula Gordon. Yo soy Boris Shard.

—Encantada. Tomen asiento, por favor.

Shard se percató de que Ruth Merody estaba profundamente conturbada.

—Ha recibido una amenaza de muerte —adivinó.

Ruth estaba terriblemente pálida. De pronto, Shard divisó sobre una mesa el paquete que Ruth había recibido poco antes.

Lleno de curiosidad, se acercó a la mesa y contempló el pequeño féretro en el que había una estatua de treinta centímetros de largo, con las facciones sumamente parecidas a las de Ruth.

La línea roja del cuello le chocó extraordinariamente. Con dos dedos tomó la figurita, pero la cabeza se desprendió y continuó en el ataúd.

—¡Deje eso! —chilló Ruth, descompuestamente.

Shard se volvió hacia ella.

—A Heare le envió una figura con un agujón que atravesaba el pecho —dijo.

—Y… y la maldición se cumplió… —tartamudeó ella—. Ahora, me cortará la cabeza…

—¿Por qué esa diferencia en el método?

—No lo sé. —Ruth se acercó a una consola, tomó un frasco y llenó en parte un vaso, del que bebió ansiosamente, con sonoros glu-glus. Después de beber, jadeaba perceptiblemente y quiso echar más licor en el vaso, pero Paula se acercó a ella y se lo quitó con gesto persuasivo.

—El alcohol no remediará sus males —dijo la muchacha.

Ruth se echó a llorar.

—Esa bruja me matará, quiere mi muerte… —gimió, a la vez que se derrumbaba sobre un sillón, completamente deshecha.

—¿Por qué? —preguntó Shard—. ¿Acaso por los seiscientos mil dólares?

Ruth irguió la cabeza vivamente.

—¿Cómo lo sabe usted? —exclamó.

—Conocemos algunos de los detalles del suceso. Usted no puede negar que, junto con los otros, ordenó que Charlotte fuese asesinada.

—Sí, es cierto…, pero nos engañó miserablemente; en lugar del dinero, encontramos sesenta paquetes de recortes de papel…

—Supuestamente, cada fajo debía de contener diez mil dólares.

—Sí. Charlotte fue muy lista. Lo preparó con tiempo, incluso una maleta que era un duplicado exacto de la que nosotros le habíamos entregado.

—Y un par de tipos llamados Armiston y Dallas Kid, debían encargarse de eliminarla y luego de hacer desaparecer sus restos.

Ruth no dijo nada, pero su silencio era harto elocuente.

Paula miró compasivamente a la mujer. Diez años atrás, Ruth y cinco personas más se habían servido de una muchacha, a la que luego habían querido engañar de una forma definitiva: dándole muerte. Pero Charlotte, según parecía, había demostrado ser más lista que todos ellos.

—¿Por qué no va a la policía? —sugirió Paula.

—¡No! —gritó Ruth—. Ninguno de nosotros… los que sobrevivimos, queremos que nada de esto se haga público…

—¿Está segura de que esa figura decapitada le ha sido enviada por la señora Covington?

—Es una bruja. Profetizó a dos muchachos que morirían acribillados a balazos, mató a Horkan, a Heare… Grays fue aserrado por la mitad, Daniel ha desaparecido…

—¿Cree usted lógica la venganza de Charlotte al cabo de diez años?

Ruth se cogió la cabeza con las manos.

—No lo sé… No sé ya ni qué pensar…

—Acuda a la policía, señora —aconsejó Shard.

Ella negó insistentemente con la cabeza.

—La mataré —prometió—. Ella morirá antes de que me mate.

Shard hizo una seña a Paula con la cabeza.

—Tenga cuidado, señora Merody —dijo, en el momento de salir.

En la calle, Paula se encaró con Shard.

—Creo que deberíamos ser nosotros quienes avisáramos a la policía —manifestó.

—No, puesto que ella no lo quiere y es la interesada. Además, ¿qué pruebas podríamos aportar? Como en el caso de Horkan, no se ha encontrado en el cuerpo de Heare la aguja que le atravesó el corazón. Ni siquiera los análisis de sangre han dado resultado positivo en el sentido de que la aguja se disolviese después del impacto mortal o llevase algún veneno muy concentrado.

—Tendríamos que hablar con Flavia —dijo la muchacha.

—No sería mala idea —convino él—. ¿Cuándo?

Paula levantó la vista al cielo.

—Ahora —contestó resueltamente.

* * *

Jadkins entró en el salón con paso vacilante. Sus manos temblaban de un modo visible.

—¿Qué te ocurre? —preguntó la mujer.

—Me siento mal… No sé qué diablos me pasa… ¿Puedo tomar una copa?

—Claro, hombre, anda, no te prives —respondió ella de buen humor.

Jadkins se acercó a la consola. Una copa cayó de pronto al suelo y se rompió con cristalino estrépito.

—Pero, hombre, ¿qué te pasa? —exclamó ella, impaciente.

—Estoy muy mal… Siento como si me abrasara por dentro…

Jadkins agarró la botella con ambas manos y bebió directamente del gollete. Flavia le contemplaba con curiosidad.

—No entiendo. ¿Has comido algún alimento en malas condiciones? —preguntó.

—No… La piel me arde… Las manos, la cara, el cuello…

Jadkins había perdido su impasibilidad habitual. De pronto, con mano nerviosa, se aflojó la corbata y soltó el primer botón de la camisa.

—Es… como si tuviese la piel en un baño de aceite hirviendo… Y por dentro… también…

Flavia se puso en pie. De repente, Jadkins rodó por tierra, lanzando unos aullidos espantosos.

La mujer retrocedió, asustada. Jadkins se convulsionaba epilépticamente, con los ojos en blanco. Una de sus manos, de repente, agarró la peluca y tiró de ella.

El cabello rubio quedó al descubierto. De súbito, Jadkins consiguió sentarse y la miró con ojos extraviados.

—Ya… lo sé… Es esta maldita pintura negra… Día a día ha ido penetrando en mi organismo a través de los poros…

Un horrible chillido brotó de repente de los labios de Jadkins. Agitó las manos frenéticamente y, de repente, cayó hacia atrás y se quedó quieto.

Flavia lo observó atentamente durante unos segundos. Sí, Jadkins tenía razón: el veneno de la pintura con que tomaba el aspecto de un negro, había penetrado en el interior de su organismo. Ahora, al final de la intoxicación, un colapso cardíaco había puesto fin a su vida.

Flavia se dijo que sólo podía hacer una cosa. Inclinándose, agarró los tobillos de Jadkins y tiró de él, llevándolo a rastras hasta su dormitorio.

Una vez allí, apartó la consola y se inclinó para presionar el resorte de apertura de la tapa del pozo. Luego movió el cuerpo inanimado de Jadkins, hasta hacerlo pasar por el hueco.

Un ruido sordo, mezclado con algunos chasquidos, subió del fondo del pozo. Ella meneó la cabeza.

—Pobre, a fin de cuentas, le quería —musitó.

Luego regresó al salón. La peluca negra estaba en el mismo sitio. También fue a parar al pozo, junto con las pinturas que usaba Jadkins para caracterizarse.

Todo volvió a quedar en orden. Incluso los restos de la copa rota desaparecieron del salón.

CAPÍTULO XII

Paula aplicó el freno y cortó el contacto. Shard se apeó apenas el coche se hubo detenido frente a la casa.

Ella vaciló un instante. Shard la tomó por un brazo.

—Ánimo —dijo a media voz.

Cruzaron la explanada. Shard abrió.

Flavia estaba sentada en el salón, leyendo apaciblemente un libro.

—Hola, muchachos —saludó con jovial acento—. ¿Cómo se os ocurre visitar a una pobre vieja? Bueno, usted, Boris, es mi huésped…, pero, Paula… ¿Acaso vienen a darme la buena noticia de un compromiso matrimonial?

—No, señora. Venimos a hablar con usted —contestó Shard.

—Oh, ¿sucede algo de particular?

—Queremos saber…

—Bien, bien, Boris, anda y sirve unas copas. No es hora, pero me parece que un traguito te animará un poco más de lo que estás. Te veo muy deprimido. ¿Acaso ocurre algo particularmente malo?

Shard cambió una mirada con la muchacha. Luego se acercó a la consola y llenó una copa.

—Señora, voy a hablar, pero en nombre de los dos, es decir, de Paula y mío —dijo después de un trago—. Con franqueza, sospechamos que Charlotte su nieta, está viva.

La anciana se volvió en el asiento para mirar a Shard.

—¡Boris! ¿Cómo puedes decir tal cosa? —exclamó—. Charlotte murió.

—Vive todavía. En estos momentos, tiene todo el aspecto de una encantadora dama de blancos cabellos.

Hubo un instante de silencio.

—El disfraz es perfecto —observó la dueña de la casa con voz absolutamente normal—. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

Shard agarró un taburete de patas torneadas, con el asiento forrado de terciopelo rojo, y se sentó frente a ella.

—¿Por qué lo hizo, Charlotte? —preguntó.

—Ah, ya no me llama señora Covington.

—¿Tiene derecho a ese nombre?

—Sí. Es el de mi esposo, Fred.

—¿Ha muerto?

Ella titubeó un momento. Paula apreció claramente la vacilación.

—Boris, es Jadkins —exclamó.

—No, no —corrigió la falsa anciana vivamente—. Fred Covington murió hace cinco años. Un accidente de automóvil, completamente normal en esta época. Jadkins… es su verdadero apellido y siempre le he llamado así, aunque el nombre es James.

—Está bien, dejemos por ahora a Jadkins —dijo el joven Shard—. Hablemos de usted y de la época en que era una artista que tenía bastante éxito en el Golden Stork.

—Ah, sí —sonrió ella—. Fue una época maravillosa, hasta que conocí a ese estúpido de Dean Fuller. Él fue el que me enloqueció, aunque pronto recobré la cordura. En cuanto conocí sus propósitos y empezó a presentarme a los demás miembros de la banda, me di cuenta de que yo no era más que una herramienta para ellos. Una herramienta con una cara bonita y un hermoso cuerpo, si se quiere, pero herramienta al fin y al cabo.

—Con los dedos muy finos —terció Paula.

Charlotte sonrió.

—Resultó fácil, claro que tampoco fue cosa de un día. Era preciso inspirar confianza y llegar al momento adecuado sin levantar sospechas —contestó.

—El momento adecuado fue cuando había seiscientos mil dólares en la caja fuerte de la sociedad.

—Sí, pero ¿cómo lo han sabido? ¿Quién les ha dicho tantas cosas?

—En New City aún se acuerdan de lo ocurrido —contestó Paula.

—Y tú has curioseado…

—Lo siento, señora Covington. Usted se portó muy bien conmigo, debo reconocerlo, pero cuando murió aquel hampón, Jay Horkan…, casi llegué a sentir miedo.

—A su jefe le envió usted un muñeco de vudú, con su retrato, según dijeron los periódicos —añadió Shard—. Pero el caso es que el proyectil homicida no ha sido hallado.

Una sonrisa indefinible apareció en los labios de Charlotte. Shard se dio cuenta de que callaba y preguntó:

—¿Lo ha hecho por venganza? ¿Al cabo de diez años?

Ella le miró fijamente, con ojos que parecían despedir fuego.

—Me habían utilizado como instrumento de su codicia —contestó—. Fuller fue el que me engatusó, pero lo hacía de acuerdo con el resto de la banda. ¿Y sabe usted, Boris, cuál era el premio que me tenían destinado?

—La entregaron a dos pistoleros para que la asesinasen.

—Sí. Supongo que incluso conocerá usted sus nombres.

Shard asintió.

—¿Los mató usted?

—Era un caso de legítima defensa, ¿no cree?

—Pero ellos eran tipos duros, experimentados…

Charlotte lanzó una risita.

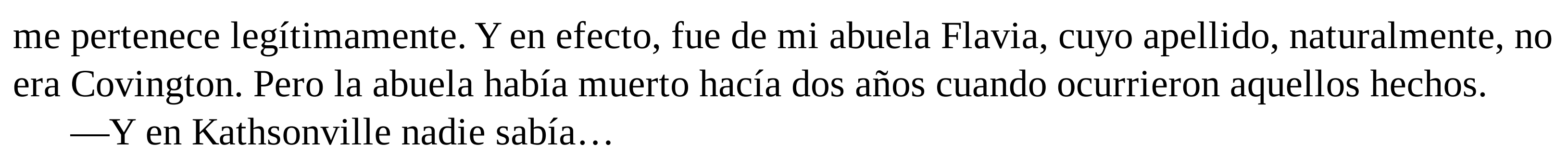
—Hasta el tipo más duro se vuelve blando como la manteca, cuando le hablan de un tercio del botín —contestó.

—Los engañó —adivinó Paula.

—Sí, claro, algo tenía que hacer para salvar la vida. Picaron… y me deshice de ellos. No estaba segura que, después de haberles dado doscientos mil a cada uno, como les prometí, no terminaran por asesinarme, para repartirse los doscientos mil restantes. Seguridad propia ante todo, muchacha.

—Y los trajo hasta esta casa —dijo Shard.

—Exacto. Aunque les parezca mentira a los dos y por muy sorprendente que lo crean, la casa


me pertenece legítimamente. Y en efecto, fue de mi abuela Flavia, cuyo apellido, naturalmente, no era Covington. Pero la abuela había muerto hacía dos años cuando ocurrieron aquellos hechos.

—Y en Kathsonville nadie sabía…

—En New City está mejor dicho, porque todo sucedió allí. Después, esos seis granujas adoptaron una existencia y una apariencia respetables y se fueron a vivir a la aldea. El único, en cierto modo, que continuó con sus hábitos nada honestos, fue Heare, el dueño del Golden Stork. Pero ninguno de los seis sintió el menor escrúpulo en ordenar mi asesinato.

—Así, pues, la casa es suya.

—Oh, sí, de un modo enteramente legal. Y yo había vivido aquí largas temporadas cuando era una niña. Conozco este edificio hasta la última de sus piedras; lo que sucede es que cuando vine a New City a actuar, no dije nada a nadie; la casa estaba abandonada, aunque no en ruinas, si bien, ahora he vuelto a ponerla en condiciones de habitabilidad.

—Entonces, sugirió a Armiston y a Dallas Kid que vinieran aquí con usted.

Charlotte se echó a reír.

—Curiosamente, fue idea de ellos, bueno, de quienes se lo ordenaron. Pensaban que mi cadáver quedaría mejor oculto en el caserón que ya llevaba algunos años abandonado. Nadie venía por aquí y, ¿quién lo iba a saber?

—Eso es perfectamente comprensible, señora. Pero todavía quedan muchas cosas ocultas.

—¿Por ejemplo?

—La muerte de Grays. Su cuerpo apareció partido por la mitad, aserrado, sería más exacto. Y Mitch Daniel desapareció, suponiéndose que le haya sucedido algo parecido. Sólo que en esta ocasión, Jadkins ha debido de tener más cuidado, ¿no es cierto? Porque estoy seguro de que Jadkins es su cómplice.

—¿Cómo lo sabe, Boris?

—Jadkins no es negro, sino blanco y con ojos azules.

Charlotte sonreía de un modo peculiar.

—Dejemos a Jadkins por el momento —propuso—. Todavía no me ha hablado del fantasma.

Shard carraspeó.

—Es… sólo una leyenda —dijo.

—¿De veras? Usted lo ha visto, Boris.

Shard se puso colorado. Paula le miró intencionadamente.

—Está bien, he visto al fantasma —rezongó el joven—. Pero estaba drogado en las dos ocasiones en que lo vi. Usted, Charlotte, quería que yo creyera se trataba de un sueño o una pesadilla. No vi al fantasma las noches que no tomaba vino en la cena.

—Algo de droga había en su vino, aunque no lo suficiente para convertirle a usted en un tronco.

—Se aburría, ¿eh? —dijo Paula sarcásticamente.

Charlotte se encogió de hombros.

—La droga que ponía en el vino de Jadkins era más fuerte. Él sí se quedó dormido como un auténtico leño —respondió.

—Pero usted cometió un pequeño fallo —dijo Shard—. Declaró que el cuadro había sido

pintado diez años antes, cuando en realidad lo fue hace tres. Y no solamente consta junto a la firma de Jack Mowbry, sino que el mismo pintor me lo confirmó. Somos buenos amigos.

—Pero usted es mejor pintor, Boris.

Shard se encogió de hombros.

—Hablábamos de Jadkins, su cómplice, el que, seguramente, enviaba al correo los muñecos de vudú. ¿Dónde está? —preguntó.

Charlotte apretó los labios.

Paula miraba a la mujer con infinita atención. De repente, un horrible sonido llegó hasta el salón.

Era el alarido de un alma en pena, el aullido de una persona que sufría espantosamente, la queja agudísima de un ser sometido a un tormento indescriptible.

Paula perdió el color. Shard se irguió en el taburete.

Los tres miraron instintivamente hacia el lugar de donde había brotado el horrible grito. Hubo un brevísimo espacio de silencio y, de pronto, el alarido volvió a oírse.

CAPÍTULO XIII

Ruth Merody levantó la cubierta del ataúd y mostró el muñeco que había en su interior. Dean Fuller respingó, a la vez que lanzaba un sordo juramento.

—¡Tapa eso! —chilló Rosalind Higgins.

Merody colocó la tapa en su sitio.

—Tenemos que hacer algo —dijo.

—¿Qué propones, Ruth? —preguntó Fuller.

—Matar, antes que acabar muertos.

—¿La vieja?

—Sí.

El hombre y las dos mujeres se miraron largamente, sin pronunciar una sola palabra, durante algunos momentos.

Fuller fue el primero en romper el silencio.

—¿Por qué? —preguntó escuetamente.

—Ella… es *ella*. ¿No me entendéis?

Rosalind asintió.

—Debíamos de haberlo sospechado desde el primer momento —dijo pensativamente—. Si engañó a los otros, fue usando voces distintas, de personas conocidas. Charlotte Sutts sabía imitar a la perfección toda clase de voces, lo mismo de hombre que de mujer.

—Y ahora ha vuelto para vengarse…

—Lleva ya mucho tiempo en la casa de la Colina Roja. Ha estado preparando su venganza con toda minuciosidad, con el máximo de refinamiento. Pero yo no voy a permitir que me mate —dijo Ruth.

—En esto estoy de acuerdo contigo —manifestó Fuller—. Pero ¿cómo lo hacemos?

Ruth consultó la hora.

—Pronto será de noche, Rosalind y yo podemos ir en nuestro coche. Tú viajarás en el tuyo. Si lo hacemos con todo cuidado, nadie nos verá llegar a la casa. Ni volver tampoco, por supuesto.

Rosalind temblaba de pánico.

—No… no me atrevo…

Ruth la zarandeó, agarrándola por un brazo.

—Tienes que venir —exclamó—. Estamos todos comprometidos en el asunto y defiendes tu vida. ¿O prefieres que se sepa la verdad de todo?

—Vendrá —aseguró Fuller—. ¿Cómo lo haremos?

—Entre los tres. Y de un modo completamente silencioso.

Ruth fue a un rincón de la estancia, abrió el cajón de una consola y extrajo un largo cordón de seda, en el que ya había hecho un lazo.

—Es lo mejor —aseguró.

Rosalind cerró los ojos. La idea de ver morir a una persona estrangulada, pataleando violentamente, la enfermaba. Pero aún era más horrible pensar que ella misma podía morir y quizá de un modo más espantoso.

—Está bien —dijo Fuller—. Un lazo es siempre algo silencioso, pero hay dos hombres más en la casa.

—Entraremos sin hacer ruido. Ella no tiene perros, que pudieran delatar nuestra presencia. La puerta posterior no es muy sólida y, además, podemos utilizar la ventana de la cocina.

Del mismo cajón que había sacado el lazo, extrajo un pañuelo.

—La amordazaremos, así no gritará —añadió—. Los hombres que están en la casa no se enterarán, si actuamos sigilosamente.

Un brillo especial apareció de súbito en los ojos de la mujer.

—Y para que luego no haya dudas ni recriminaciones ni acusaciones injustas, tiraremos los tres del lazo —concluyó tajantemente.

* * *

Paula se tapó los oídos para no escuchar aquel horripilante alarido que parecía surgir de las profundidades de la casa. Shard logró dominarse; ahora más que nunca, le convenía mantener la sangre fría.

Sus ojos escrutaron penetrantemente el rostro de la supuesta anciana.

—¿Jadkins? —murmuró.

Charlotte le devolvió la mirada.

—No sé de qué me estás hablando —contestó.

—En cambio, yo sí sé de dónde vienen esos gritos —dijo Shard—. ¿Qué pasa, ha terminado ya la utilidad de Jadkins?

Shard empezó a incorporarse. De súbito, se encontró con el bastón apoyado en su pecho.

—No te muevas —dijo ella secamente.

El joven se quedó quieto. Sobrevino un instante de silencio.

—Con este bastón mató usted a Horkan y a Heare —dijo Shard al cabo.

—Y también te mataré a ti si intentas algún movimiento —declaró Charlotte con glacial acento.

Shard bajó la vista hacia el bastón. Era indudable que se escondía una poderosa arma en el interior de la caña, pero no sabía cómo contrarrestar sus efectos. Las muertes de los dos citados le impresionaban demasiado, como para no guardar las debidas precauciones.

—Usted no podría hacer eso —exclamó Paula con vehemencia.

—Lo siento. Ahora está en juego mi propia seguridad.

—Entonces, tendrá que matarnos a los dos.

Charlotte suspiró.

—¿Por qué me lo habéis puesto los dos tan difícil? —se lamentó.

—No hemos sido nosotros, sino usted, con sus desmedidas ansias de venganza —replicó Paula.

—¡Calla! —gritó Charlotte—. Tú no sabes lo que es vivir media hora de angustia, esperando en cualquier momento el disparo fatal… Aquella noche juré que un día, aunque tardase toda mi vida, me vengaría de quienes habían decretado mi muerte… Treinta minutos fueron tan sólo, pero

me parecieron treinta siglos…

—Sin embargo, logró engañar a Dallas Kid y a Armiston —terció el pintor.

—Cayeron en la trampa de su propia audacia. Les prometí un reparto equitativo del botín…, pero no estaba segura de que luego no me matasen a mí.

—Y usted los mató…

—Sí. Les enseñé el dinero. En cuanto vieron los billetes, se olvidaron de todo… incluso de sus pistolas.

—Usted cogió una y los mató a tiros.

—Eran dos bocazas. Tarde o temprano, se habrían ido de la lengua. Ya no podía permitirme fallos ni sentimentalismos. Tenía que salir yo sola de esta casa. Y un día, volvería… y he vuelto, en efecto.

—Pero no volvió sola —dijo Paula.

—Jadkins me amaba —respondió Charlotte—. Habría hecho cualquier cosa por mí, sobre todo cuando, mucho tiempo después, le conté la verdad de lo ocurrido. Se entusiasmó con la idea de la venganza. También él tenía una cuenta que saldar con esas seis personas.

—¿Qué cuenta? —preguntó Shard.

Charlotte lanzó una risita.

—Dejé pasar mucho tiempo antes de tocar el dinero. Estaba viva, ya no tenía prisa. Bajo otro nombre y con una apariencia distinta, inicié una nueva vida. Jadkins fue mi *partenaire*. Al fin, no hará más allá de cuatro años, le conté mi secreto. Vivíamos bien, ganábamos dinero y pensábamos ya en retirarnos… Lo crean o no, todavía estaba intacto el dinero robado. Entonces…

Charlotte volvió a reír. Paula pensó que se había vuelto loca.

—No, no he perdido el juicio —dijo Charlotte, como si adivinase los pensamientos de la muchacha—. Es que fue hace cuatro años cuando descubrimos que los seiscientos mil dólares eran falsos.

—¡Cómo! —Shard saltó de su asiento.

—Sí. Alguien había sustituido previamente el dinero auténtico de la caja, dejando en su lugar los billetes falsificados. Cuando se robase el dinero, los ladrones no podrían disfrutar del botín, por tratarse de moneda falsa. Y el autor de un plan tan brillante podría así enriquecerse, sin que nadie sospechase de él.

—Pero ¿no ha dicho usted que fueron seis personas las que decretaron su muerte?

—En efecto, fueron seis, pero una de ellas sabía ya que el día en que yo robase el dinero, sólo encontraría billetes falsos. No obstante, lo que esa persona ignoraba es que adelanté el robo en una fecha. Me llevé el que yo creía dinero auténtico y al día siguiente entregué el maletín con los sesenta fajos de billetes. Ni un minuto más tarde, Armiston y Dallas me sacaron de la casa y me trajeron aquí.

—¿Quién es el que cambió los billetes buenos por los falsos?

—Fuller. Ése fue el que llegó a enamorarme y me hizo olvidar todo por él. La caja fuerte no se podía abrir si no era mediante el uso simultáneo de cuatro llaves para cuatro cerraduras distintas, cada una de las cuales estaba en poder de un directivo de la empresa. Fuller era uno de esos directivos.

—Pero él había abierto ya la caja…

—Procurándose moldes de las distintas llaves. No obstante, necesitaba que alguien experto abriese la caja sin necesidad de llaves; de este modo, él quedaba a cubierto de toda posible sospecha.

—Y ahora quiere vengarse también de él.

Charlotte asintió.

—No pienso perdonar a ninguno de los seis —contestó.

—Un momento —dijo Paula—. Nos gustaría ver su rostro auténtico, no el que hay debajo de las dos máscaras que usa.

Charlotte sonrió. Con la mano izquierda, despegó la primera máscara, dejando al descubierto la que representaba una calavera. Ambas eran de material muy flexible, tanto que incluso permitían sin dificultad el movimiento de los labios para hablar y sonreír.

La segunda máscara desapareció también, junto con la peluca de cabellos blancos. Charlotte se irguió; aun con aquellas ropas, era todavía una belleza.

—¿Satisfecha? —dijo. De súbito, el bastón giró un poco y se apoyó en el pecho de la joven—. Paula, en pie. Y tú también, Boris; si intentas algo contra mí, ella morirá instantáneamente.

Shard y la muchacha obedecieron. Charlotte era ahora otra muy distinta de la anciana pulcra y amable que había aparentado a la perfección hasta aquellos instantes.

—¿Hemos de entender que nos lleva a alguna parte? —preguntó Shard.

—Sí, a una de esas habitaciones que te prohibí el primer día —contestó ella maliciosamente.

Shard y Paula echaron a andar. Paula sentía en sus espaldas el contacto del bastón de Charlotte.

—Charlotte, aquí no hay fantasmas, ¿verdad? —dijo el joven de repente.

—No. Todo fue real, deliciosamente real —contestó la interpelada, con una risita—. Claro que la droga te anuló en parte tus facultades mentales y pensabas que yo era el fantasma de una nieta muerta.

—Vaya pareja —rezongó Paula, súbitamente de mal humor.

—Sólo ahora he comprendido que no fueron pesadillas —se disculpó él.

Entraron en el cuarto de Jadkins. Paula lanzó un chillido de horror.

Shard respingó. La consola había sido apartada a un lado y la tapa del pozo había sido levantada. Jadkins tenía medio cuerpo fuera, con los brazos extendidos, pero estaba completamente inmóvil.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Shard.

—Ha muerto envenenado por los tintes —contestó Charlotte—. Pero no murió entonces… es decir, poco antes de que llegarais vosotros, como yo había pensado. Debió de recobrar el sentido y trató de salir del pozo…

—Donde están también los restos de Armiston y Dallas Kid —dijo Shard.

—¿Lo sabías?

—Sí.

Charlotte meneó la cabeza.

—Os aprecio mucho a los dos, aunque no me creáis —dijo—. Pero no puedo permitir que me

atrapen por vuestra culpa. Boris, acércate a la pared y empuja con ambas manos la sexta hilera de piedras. Recuerda que el bastón está apoyado en la espalda de Paula, justo encima de su corazón.

—Sí, señora —mascullό el joven, resignado.

Y se aproximó a la pared señalada.

Empujó con ambas manos. Se oyó un leve chasquido y un trozo de la pared cedió, dejando a la vista una abertura de un metro de anchura por dos de altura.

—Entrad ahí. Os costará mucho salir, justo el tiempo que yo necesito para alejarme de la comarca. Pero, buscando, podréis salir.

Paula y Shard obedecieron. Una vez hubieron pasado al otro lado, se volvieron.

Charlotte sonreía infernalmente.

—Os aprecio, pero…

Retrocedió lentamente. La puerta empezó a cerrarse por sí sola.

Antes de que estuviera cerrada del todo, Shard y Paula pudieron ver a Charlotte que apoyaba su pie en la cabeza de Jadkins. El falso criado no protestó al ser lanzado por segunda vez al pozo.

* * *

La oscuridad se cernió instantáneamente sobre la pareja. Paula emitió un gemido.

—Calma —dijo Shard.

Sacó fósforos y encendió uno. La llamita alumbró un cubículo de paredes de piedra, de unos cinco metros de lado, por algo más de tres metros de altura. Había un par de sillas desvencijadas y una mesa tumbada en el suelo. Junto a ésta, Shard divisó una vela llena de polvo.

Segundos después, disponían de algo más de luz. Paula, sin embargo, se sentía notablemente deprimida.

—Estamos enterrados vivos —se lamentó.

—Charlotte ha dicho que tendrá tiempo de escapar. Por tanto, debe de haber alguna forma de salir de aquí —adujo Shard, con acento de firme convicción.

Empezó a tantear la pared por la que habían entrado, sin conseguir hallar el resorte de apertura de la puerta secreta. Sin embargo, no se desanimó.

La casa de la Colina Roja era muy antigua. Quizá había más pasadizos en alguno de los otros muros.

CAPÍTULO XIV

Charlotte subió a su cuarto y se cambió rápidamente de ropa. Para escapar, se dijo, iría mejor vestida con un *sweater* negro y pantalones del mismo color.

Una vez hubo realizado el cambio de indumentaria, abrió un cajón de la consola y extrajo de su interior un bolso, en el que había abundante dinero. Tenía más en el Banco, pero ya lo reclamaría en otra ocasión.

Descendió velozmente por las escaleras. Lamentaba la muerte de Jadkins. Sí, había sido un buen chico, pero ya no podía hacer nada por él.

Lástima, había usado el tinte demasiado tiempo. Seguramente, las pinturas llevaban alguna composición de plomo que, a la larga, se había infiltrado en la sangre y…

Algo cortó bruscamente sus pensamientos. Una cuerda se ciñó con fuerza a su cuello. Gritó roncamente, pero la voz se cortó a los pocos instantes.

—¡Tira, tira más! —gritó Ruth.

Rosalind estaba a punto de desmayarse. Caída en el suelo, Charlotte pataleaba espantosamente.

—¡Agárrala por los tobillos! —aulló Fuller, que tenía en sus manos uno de los extremos del lazo.

Rosalind vaciló. El rostro de Charlotte empezaba a amoratarse.

De repente, Ruth aflojó la presión de sus manos. El aire entró a chorros en los ya doloridos pulmones de Charlotte.

—¿Qué te pasa? —preguntó Fuller malhumoradamente—. ¿Te vas a *rajar* ahora, después de que tú has tenido la idea de…?

—Es que ahora se me ha ocurrido otra idea mejor —dijo Ruth.

Las manos de Charlotte, quien no había perdido aún la consciencia, se elevaron hacia el lazo que todavía estaba enrollado en torno a su cuello. Fuller advirtió la maniobra y agarró el cordón de seda con ambas manos.

—Quieta —amenazó, con un ligero tirón de los dos extremos del lazo.

Charlotte se inmovilizó. Fuller miró a Ruth.

Los ojos de Ruth centelleaban.

—Tiene que decirnos dónde está el dinero —exclamó.

—¡Absurdo! —exclamó Fuller—. En diez años, lo ha gastado…

—Algo debe de quedar —insistió Ruth.

—Sí… tengo todavía mucho dinero… —jadeó Charlotte, cuyas manos estaban aferradas al cordón—. Casi seiscientos mil…

Rosalind olvidó de pronto todas sus aprensiones.

—¿Dónde están? —preguntó ávidamente.

—Si… si aflojáis un poco más… os lo diré…

—Está bien —rezongó Fuller—. Vamos, levántate.

Pero no soltó el cordón, mientras Charlotte se ponía en pie. La dueña de la casa inspiró varias veces seguidas, a fin de normalizar su respiración.

—Tendréis que acompañarme… Ah, mi bastón —exclamó de pronto, al verlo apoyado en uno

de los sillones.

—No te hace falta —dijo Fuller.

—Tengo un tobillo débil. Me lo torcí hace tiempo y aún no se han fortalecido los músculos por completo —alegó Charlotte.

—Está bien, cógelo; pero no olvides que en todo momento tendré los dos extremos del lazo.

Charlotte no dijo nada. Fingiendo cojear, se acercó al bastón, en el que se apoyó ligeramente.

—¿Y la *pasta*? —preguntó Rosalind.

—Por aquí —indicó Charlotte.

Echó a andar. Fuller iba tras ella. Las otras dos caminaban muy juntas con la pareja.

Charlotte les guió hasta la biblioteca. Se acercó a uno de los estantes, situados frente a la pared donde había ventanas, presionó en un saliente de talla de madera y se abrió una puerta secreta.

Una extraña estancia apareció ante los ojos de los visitantes.

—¡Ahí es donde murieron Grays y Daniel! —adivinó Fuller en el acto.

—Sí —confirmó Charlotte, impasible.

* * *

Las piedras no tenían todas la misma forma. Una de ellas, de pronto, se movió en las manos de Shard.

—¡Creo que ya he encontrado la salida! —exclamó.

Hizo un poco más de fuerza y la piedra empezó a salir de su alvéolo. Casi parecía un ladrillo, aunque algo más grueso y largo de lo común.

Paula le ayudó con una mano, ya que necesitaba la otra para sostener la vela. De pronto, oyeron voces al otro lado del muro.

—Apaga, pronto —dijo Shard.

Paula obedeció. La estancia quedó a oscuras, pero algo de luz entró a través de los intersticios. Shard hizo un poco más de fuerza y consiguió finalmente desencajar la piedra, dejando una abertura de unos treinta centímetros de largo por doce de altura.

Paula se acercó al hueco. Como Shard, vio lo que pasaba al otro lado y se sintió aterrada.

Shard pegó los labios a sus oídos.

—Silencio —cuchicheó—. Charlotte está en poder de sus enemigos. Si lo advierten, nos matarán.

Paula asintió. Sentía escalofríos de horror, pero procuró mantener la serenidad.

Al otro lado, Fuller tenía la vista alzada para contemplar el singular artefacto que pendía del techo.

—Vaya, esto es algo muy parecido a lo que vi en una película… El péndulo con una cuchilla muy afilada…

—Sólo que aquí es una sierra de disco —dijo Charlotte fríamente.

—Con la cual cortaste en dos a Daniel y a Grays.

—Sí.

—¿Cómo se maneja este artefacto?

Charlotte tendió una mano hacia el muro situado en ángulo recto con aquel tras el que se hallaban Paula y el pintor.

—Allí está el interruptor —dijo.

—¿Y el dinero? —preguntó Rosalind codiciosamente.

—Debajo de la mesa.

Rosalind se agachó para mirar.

—Ahí está la maleta —gritó, triunfal.

—Sácala —ordenó Ruth.

Al mismo tiempo, cambiaba una mirada con Fuller. Éste hizo un gesto de asentimiento.

—Pero no encontrarás más que billetes falsos —dijo Charlotte.

—¿Qué? —gritó Rosalind, arrodillada junto a la recia mesa, con correas, en la que ya habían muerto dos personas.

—Lo que oyes. Fuller cambió los billetes dos días antes del robo. Y yo lo anticipé en veinticuatro horas.

Rosalind se irguió, para mirar a Fuller con ojos llameantes.

—De modo que también nos engañaste a los demás —acusó.

—¡Ella miente! ¡El dinero es bueno! —chilló Fuller.

—He dicho la verdad —aseguró Charlotte.

—¡Tira de la cuerda, Ruth! —gritó el hombre.

Ruth obedeció casi maquinalmente. Charlotte empezó a patalear.

Shard tapó la boca de Paula. A toda costa debían evitar su presencia fuese conocida.

El bastón de Charlotte se levantó maquinalmente. Algo brotó de su contera, llegó hasta el pecho de Rosalind y retrocedió velocísimamente.

Rosalind exhaló un agudo quejido y se tambaleó. Ruth volvió la vista hacia ella.

—¡No sueltes, estúpida! —bramó Fuller.

Los movimientos de Charlotte se hacían cada vez más débiles. Rosalind dio un par de pasos vacilantes y acabó por caer al suelo.

Profundamente preocupado, Shard se preguntó qué cosa misteriosa y brillante y muy delgada, había brotado del bastón. Pero casi en aquel momento divisó luz en el otro lado de la estancia.

Asombrado, vio que estaba abierta la puerta a través de la cual habían entrado. Soltó a Paula y se agachó para encajar la piedra.

La puerta se cerró. Entonces comprendió por qué Charlotte les había dicho que podrían salir de allí.

—Vamos, Paula —susurró.

Charlotte ya no se movía. Sin hacer el menor ruido, salieron de la estancia.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó la muchacha.

—Hay un teléfono. Avisaremos a la Policía.

* * *

—Está muerta.

Ruth dominó el temblor de sus miembros.

—Nos hemos librado de una pesadilla —dijo.

Fuller contempló unos instantes la mesa, hecha de una plancha muy gruesa, con una ligera concavidad en el centro. En uno de sus lados había un agujero, que daba a un pequeño canalón oblicuo, cuya extremidad se hundía en el suelo.

Había correas en los laterales de la mesa. Fuller empezó a pensar.

—Dean, ¿será cierto que los billetes eran falsos? —preguntó Ruth.

—Tonterías —contestó el hombre abruptamente—. Charlotte buscaba enemistarnos. Míralo tú misma, si quieres.

Ruth se agachó primero y se arrodilló después. El maletín estaba sujeto por un par de correas. Empezó a soltar las hebillas, pero, de pronto, algo le golpeó el cráneo y cayó, atontada.

Sin embargo, no había perdido el sentido, pero estaba desprovista de fuerzas. Vagamente notó que era levantada a pulso y situada sobre la mesa.

Las correas sujetaron su cuerpo. Ello la hizo volver a la realidad.

—¡Dean, no! —gritó.

Fuller estaba en la parte donde ella tenía los pies. Tiró con fuerza y arrastró la mesa un par de palmos.

—Lo siento, nena —dijo fríamente.

—¡Dean!

Fuller se inclinó para calcular a ojo la nueva posición de la mesa. La arrastró un poco más y luego se acercó al interruptor.

—Charlotte preparó bien su venganza —rió—. ¿No te había enviado un muñeco vudú con tu imagen decapitada?

Ella chilló y trató de patalear y manotear, pero las correas eran sólidas y resistían. Con ojos desorbitados, contempló el lento descenso de la sierra.

—Dean, por lo que más quieras…

—Ahí hay seiscientos mil dólares falsos —contestó el hombre fríamente—. Nunca falta quien precisa de moneda falsa. Obtendré un diez por ciento, sin prisas, por supuesto.

La sierra continuaba su mortífero descenso. Ruth empezó a chillar de nuevo.

Sus alaridos alcanzaron límites increíbles. Pero cesaron casi repentinamente. El zumbido de la sierra, de dientes muy finos, se transformó en una especie de susurro, como de tela rasgada violentamente, algo más fuerte al cortar las vértebras.

Instantes después, Fuller se dispuso a salir, con la maleta del dinero falso en las manos. Tanteó un poco la pared y, al fin, encontró el resorte.

La puerta se abrió. Fuller dio un paso, pero al siguiente se quedó clavado en el suelo, al verse ante dos policías uniformados que le encañonaban con sus revólveres de reglamento.

Detrás de los policías estaban Boris Shard y Paula Gordon.

Hubo un momento de silencio.

Luego se oyó un gemido.

Fuller lloraba.

* * *

—El bastón, uno de los dos, claro, porque el otro era inofensivo, contenía un potente muelle, que disparaba una aguja de unos sesenta milímetros de largo por dos de grueso, unido a un fuerte hilo de pescar. Éste, a su vez, estaba sujeto a un pequeño carrete, dotado de dos muelles; el de disparo y el de recogida. Así no se encontraba ningún rastro en el cuerpo de las víctimas.

—Pero ¿puede una aguja tan pequeña causar la muerte de un ser humano? —preguntó Paula.

—Indudablemente, a juzgar por los resultados —contestó Shard, mientras, al día siguiente, ya repuestos, almorzaban en el restaurante al que acudían habitualmente.

—Charlotte tenía una mente perversa —dijo la muchacha.

—Puedes estar segura de ello. Quizá hubiera continuado siendo una persona normal, pero la jugarreta que le hicieron por partida doble: la orden de ejecución y el dinero falso, trastornó su cerebro en este sentido al menos y, desde entonces, vivió sólo por la obsesión de la venganza.

—No es bueno vivir para la venganza. Uno acaba por ser también destruido —dijo Paula sentenciosamente. Suspirando, añadió—: Y pensar que yo vi a Charlotte cuando acababa de matar a Heare.

—Ninguno de los seis era bueno, por otra parte. Fuller ya no saldrá de la cárcel en los días de su vida.

Ella le miró fijamente.

—Boris, ¿seguirás pintando el retrato? —preguntó.

Shard sonrió.

—Y más cuadros, naturalmente —respondió.

* * *

Algo más de un año después, Boris celebró su exposición de pinturas. Uno de los cuadros que más llamó la atención fue el titulado *Retrato de la señora Flavia Covington, a los setenta años de edad*.

El pintor no pudo acudir a la apertura de la exposición, porque estaba aguardando el nacimiento de su primer hijo. En cuanto a la madre, Paula Shard, acababa de publicar una novela de gran éxito: *Venganza destructora*.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días —le dijeron —, y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.